

EL SATÉLITE INVADIDO

CLARK CARRADOS

Hank seguía al coronel en el descenso de la astronave al suelo de la Luna. Cuando ambos hubieron puesto pie en un lugar no hollado hasta entonces por seres humanos, el coronel se puso de rodillas en el suelo, cubierto de una finísima capa de polvo impalpable que en aquel paraje alcanzaba solamente un espesor inferior a los diez centímetros.

En el primer momento, Hank Cheaney creyó que el coronel se ponía de rodillas para dar gracias a Dios por el feliz éxito del viaje, cosa que le hubiera parecido completamente natural. Pero no, el coronel no pensaba en tal cosa en aquellos momentos. Los pensamientos de McCoffin eran muy distintos.

El coronel se inclinó hacia adelante y empezó a dar puñetazos en el suelo, a la vez que maldecía profusamente de todo y de todos.



Clark Carrados

El satélite invadido

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 309

ePub r1.0
LDS 28.03.19

Título original: *El satélite invadido*
Clark Carrados, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL SATÉLITE INVADIDO



CAPÍTULO PRIMERO


l segundo hombre norteamericano que pisó la superficie del satélite, fue Hank Cheaney. El primero fue el jefe de la expedición, coronel McCoffin.

Hank seguía al coronel en el descenso de la astronave al suelo de la Luna. Cuando ambos hubieron puesto pie en un lugar no hollado hasta entonces por seres humanos, el coronel se puso de rodillas en el suelo, cubierto de una finísima capa de polvo impalpable que en aquel paraje alcanzaba solamente un espesor inferior a los diez centímetros.

En el primer momento, Hank Cheaney creyó que el coronel se ponía de rodillas para dar gracias a Dios por el feliz éxito del viaje, cosa que le hubiera parecido completamente natural. Pero no, el coronel no pensaba en tal cosa en aquellos momentos. Los pensamientos de McCoffin eran muy distintos.

El coronel se inclinó hacia adelante y empezó a dar puñetazos en el suelo, a la vez que maldecía profusamente de todo y de todos.

—¡Maldito sea el presidente! ¡Malditos sean los asnos del Pentágono, los consejeros del presidente, la N. A. S. A., los científicos, la «General Electric», la «General Motors», el dólar, el «New York Times», la «Standard Oil», las chicas del «Folies»!… ¡Maldita sea América y los americanos por haber consentido que los rusos nos hayan ganado la carrera a la Luna!

McCoffin se interrumpió, jadeante y sin aliento, después de haber maldecido durante un buen rato todo cuanto había por maldecir, sin excluirse a sí mismo. Hank comprendió las razones de su coronel, aunque le desagradó la forma de comportarse que había tenido al alcanzar el final de un viaje que era la culminación de largos años de esfuerzo.

Sabía que el coronel era un magnífico astronauta, pero sabía también de su mal genio y de sus intemperancias. «Palabrotas» era el apodo que le habían dado por su inveterada afición a desahogarse, empleando los peores elementos del léxico inglés. Decíase de McCoffin que había estudiado cuatro idiomas más, alemán, español, francés y ruso, no porque lo estimase necesario, sino para aprender más imprecaciones en esas lenguas; y lo cierto era que, cuando agotaba su repertorio en inglés, seguía con las interjecciones de los otros idiomas, hasta que, al fin, quedaba desahogada su cólera.

Hank temió que el coronel se dedicase al nada productivo deporte de proferir epítetos malsonantes. Considerando que ya había despotricado bastante, se atrevió a tocarle en un hombro con la mano.

—Señor… —dijo.

McCoffin se volvió con brusquedad.

—Ah, es usted, Cheaney. ¡Maldita sea…!

Un nuevo personaje intervino en escena. Era el profesor Byshon, geólogo, médico y astrónomo de la expedición, todo en una pieza.

—Coronel —dijo severamente—, creo que es hora ya de que dejemos de quejarnos por algo que no tiene remedio y empecemos a trabajar. Es cierto que los soviéticos nos han precedido en unas horas, pero no por ello vamos a pasarnos la vida lamentándonos de nuestra mala suerte. Tenemos mucha labor que realizar y no la sacaremos adelante si permanecemos parados.

—Pero, es que, maldita sea, profesor Byshon, cada vez que pienso en lo ocurrido…

—¿Dónde están los rusos? —preguntó un cuarto individuo que acababa de descender en aquel momento de lo alto de la nave—. ¿Han visto a alguno por las inmediaciones? —Era Bill Kearsarge, biólogo e instrumentista a bordo de la astronave.

—Estarán muy ocupados fundando el primer «soviet» lunar, con sus «koljoses», sus «komsomoles» y sus tribunales populares, condenación —dijo el coronel—. ¡El primer «soviet» lunar! ¡Es lo único que nos faltaba!

—Mac —dijo el profesor— no hable mal de los rusos. Aunque hicieran lo que acaba de decir, me da en la nariz que a usted no le desagradaría añadir una nueva estrella a nuestra bandera, ¿eh? La Luna, quincuagésimo primer estado de la Unión. ¿De qué parte se pondrá este nuevo estado? ¿Se alineará con los sudistas? ¿O se harán yanquis?

Cheaney y Kearsarge se echaron a reír. Ambos eran jóvenes y, aunque sentían no ser los primeros, la emoción de poner pie en un mundo que no era la Tierra les impedía preocuparse demasiado por la delantera que les habían ganado los soviéticos en su carrera por la Luna.

—Está bien —gruñó McCoffin—. Pero es que, cada vez que me acuerdo de que pudimos haber sido los primeros… ¿Dónde está James? ¿Qué hace allá arriba?

—Está transmitiendo a la Tierra la noticia de nuestra llegada, coronel —dijo Hank, que era el segundo comandante de la astronave y copiloto de la misma. Tony James era ingeniero mecánico y encargado de las comunicaciones, último miembro del quinteto de tripulantes que componían la expedición norteamericana a la Luna.

—Muy bien —dijo McCoffin—. Ya estamos en la Luna. —Se volvió hacia Hank—. Cheaney, ¿consiguió usted situar la posición del punto de aterrizaje de los rusos?

—Sí, señor. Están a unos veinticinco kilómetros al noroeste, al otro lado de una de esas montañas. —La mano del joven señalaba un conjunto de picos que sobresalían del curvo horizonte, semejantes a islas que hubieran surgido en un mar sólido, gris, de escasas ondulaciones, surcado en algunos puntos de su superficie

por estrechas grietas que parecían rasgaduras en una piel mal curtida—. Los Montes de Tenerife, señor.

—Ya, ya —dijo McCoffin agriamente—. He seguido todo un curso de geografía lunar y conozco bien esas montañas. Son cinco también, la radio lo dijo cuando estábamos a mitad de camino. Me refiero a los rusos, claro.

—¿Iremos a saludarles, coronel? —preguntó Kearsarge.

—Primero tenemos mucho trabajo que hacer. Las cuestiones sociales deben ser diferidas —decretó el coronel—. Lo primero que tenemos que hacer es instalar el campamento y montar las antenas direccionales. —Consultó el reloj a prueba de vacío que llevaba en una especie de cuadro de mandos pendiente del cuello, sobre su pecho—. Según los datos que nos han sido facilitados, dentro de dos horas y media, aproximadamente, llegarán las dos naves guiadas por control remoto que transportan el resto de nuestros pertrechos para la estancia en la Luna.

El «radio» bajó en aquellos momentos por la escalera. Como todos los astronautas, vestía su traje espacial, el cual disponía de una pequeña emisora de radio para las comunicaciones próximas.

Tony James extendió los brazos a la vez que soltaba una exclamación de júbilo.

—¡Al fin, Luna! ¡Eres nuestra…!

—Al cincuenta por ciento solamente —rezongó McCoffin—. No olvide que los rusos están a veinticinco kilómetros de aquí, James. ¿Qué le han dicho los camellos de Cabo Cañaveral?

—Pues… nos envían sus felicitaciones y dicen que cooperemos en un todo con los rusos, si es que lo creemos oportuno —contestó James.

—¡Cooperar un cuerno! —bufó el irascible McCoffin—. ¡Que se vayan al diablo! ¿Nada más?

—Sí, por cierto. —James hurgó en uno de los bolsillos externos de su traje espacial y sacó un trozo de papel metalizado—. Aquí tengo sus nombres. Comandante Petrov, jefe de la expedición; comandante Danielski, copiloto y segundo jefe; y los capitanes Borin y Strodno, con las mismas funciones, más o menos que nosotros, quiero decir, Bill y yo; y, por último, una individua llamada Tania Virushova, geólogo.

McCoffin se llevó la mano a la frente. Hank detuvo el gesto

oportunamente.

—Cuidado, coronel, no se vaya a romper usted el casco —dijo.

—Déjeme en paz, maldita sea. ¡Una mujer! ¿Es que se han vuelto locos?

—Bueno, no es la primera astronauta. Recuerde a Valentina Tereskhova, a Iliana…

—¡Basta ya! —vociferó McCoffin—. ¡A trabajar!

—Si sigue gritando así, Mac —observó Byshon—, los rusos se van a quejar de que les duelen los tímpanos.

—¡Que se vayan a…! Bueno, dejemos a esos condenados soviéticos de una vez. Kearsarge, James, empiecen a bajar sus cosas. Hay que montar una cabaña estanca para no tener que vivir en esa lata de sardinas todo el tiempo que estemos en la Luna. Pero primero deberán montar las antenas direccionales, a fin de guiar los cohetes de pertrechos. Profesor, usted puede dedicarse a buscar sus piedrecitas.

—Si encuentra oro, avísenos —rió Kearsarge.

—De acuerdo, muchachos —contestó el geólogo.

—Yo iré a buscar una grieta para instalar el campamento —dijo Hank Cheaney.

—Eso es casi lo primero que debemos hacer —aprobó Byshon—. Aquí no disponemos de atmósfera que frene la caída de meteoritos y dentro de una grieta reduciremos al mínimo las posibilidades de sufrir un impacto. Coronel, usted debiera ubicar la situación exacta del punto en donde nos encontramos.

—Conforme —contestó McCoffin.

En aquel momento, el polvo del suelo se agitó sin que nadie lo hubiese tocado. Al quedarse quietó, apareció un menudo hoyo de forma cónica de unos cinco o seis centímetros de diámetro.

—Ahí tienen la prueba de lo que acabo de decir —manifestó el geólogo—. Un meteorito acaba de caer del cielo. Si hubiese chocado contra uno de nosotros, le habría matado en el acto, aunque no le hubiese tocado la carne. Hubiera producido un orificio en el traje y… ¿Comprenden lo que quiero decir?

Hank se agachó y hurgó en el polvo con la mano.

—No encuentro nada, profesor —dijo.

—Naturalmente. El meteorito se ha pulverizado al chocar contra el suelo. Tendría que haber sido mucho mayor para dejar algunos

restos fácilmente perceptibles. El joven se puso en pie.

—Sí, claro —dijo, hondamente preocupado. Sabía que las probabilidades de ser alcanzado por un meteorito eran mínimas, pero, a pesar de todo, existían. El que acababa de caer había pasado justamente entre él y McCoffin. Y la distancia que había entre los dos era inferior al metro. Se estremeció al pensar en lo que habría podido sucederle, sí el meteorito le hubiese perforado el traje—. Bueno, voy a ver si encuentro la grieta.

Dio media vuelta y caminó en dirección sur, dejando a sus espaldas el Golfo de los Iris y, más a lo lejos, hacia el norte lunar, los impresionantes farallones del gran Circo de Platón. Delante de él se extendía la inmensa llanura plateada del Mar de las Lluvias, con ligeras ondulaciones, cortada en el horizonte por las Montañas de Tenerife y, un poco más a la izquierda, por la mole aislada y solitaria del Monte Pico. Al cabo de unos diez minutos de marcha divisó una grieta que corría transversalmente, en dirección este-oeste.

Se acercó a la grieta, cuya anchura era de unos cuarenta metros por una profundidad semejante. Las paredes, muy irregulares, eran casi verticales en su mayoría, aunque, después de algunos minutos de exploración, consiguió encontrar un camino para descender al fondo de la misma. La longitud de la grieta no podía calcularse, ya que se perdía de vista en ambas direcciones.

Descendió con cuidado, tanteando el suelo antes de afirmar cada pie. Sabía que rocas aparentemente sólidas podían hallarse en equilibrio inestable y que el menor roce podía precipitarlas hacia el abismo. Por otra parte, era preciso tener cuidado al pisar en el suelo, ya que en cualquier momento podía hundirse en un hoyo lleno de polvo del que, con toda seguridad, le resultaría muy difícil salir.

Llegó al fondo de la grieta y caminó con infinito cuidado. Estaba rodeado de un silencio impresionante, total, como jamás había percibido hasta entonces. La majestuosidad del ambiente que le rodeaba, el esplendor del cielo, constelado de millones de estrellas fijas, inmóviles, sin un solo parpadeo, ganaron su ánimo, dejándole unos momentos con la respiración en suspenso, embargado por una intensa emoción.

Al cabo de unos minutos, reanudó la marcha. De pronto,

encontró lo que buscaba.

En aquel punto, a unos cincuenta metros del lugar de descenso, la pared norte de la grieta se desviaba hacia dentro, de modo que la línea vertical se trocaba en inclinada y formaba como una especie de concavidad, que no llegaba a ser gruta, sin embargo. Desde el suelo al punto en que la pared volvía a adoptar su trazado vertical habría unos seis u ocho metros de altura y, dado que la inclinación del muro era de unos veinticinco grados, era fácil calcular que el fondo de la penetración alcanzaba cinco o seis metros, distancia más que suficiente para situar allí la cabaña estanca y protegerse contra los meteoritos.

La longitud de la penetración era de unos quince o veinte metros en total. Hank la recorrió por completo y, al terminar, se dispuso a emprender el regreso a la astronave, a fin de participar su descubrimiento. Entonces vio algo que le dejó totalmente paralizado por el asombro.

¡Sobre el suelo polvoriento se divisaban nítidamente las huellas de los pies de una persona que había pasado por aquel lugar antes que él!

CAPÍTULO II



espiró hondo tres o cuatro veces, procurando rehacerse del choque sufrido. Luego, lentamente, se arrodilló en el suelo.

Examinó las huellas. No cabía la menor duda; se trataba de la impronta de los pies de una persona que había caminado en dirección oeste.

Pero no fue esto lo que le extrañó, sino la rara forma de las huellas. Parecían hechas por unos zapatos de extraña conformación trapezoidal, con los vértices ligeramente redondeados. Su anchura máxima era de unos doce centímetros por veinticinco de longitud, tamaño notablemente inferior al de un hombre corriente, ya que era lógico suponer que lo que estaba viendo era la impronta de unas botas espaciales, estancas, con lo que el pie contenido en su interior tenía que ser por fuerza de un tamaño mucho menor.

Fantásticas historias de extraños seres ultraterrenales pasaron en un instante por su imaginación. ¿Estaba habitada la Luna por Dios

sabía qué misteriosa raza de seres, cuyas características y conformación les eran absolutamente desconocidas?

Al cabo de unos minutos, recobrado en parte de la enorme sorpresa recibida, se puso en pie. Las huellas partían del borde externo de la penetración y se dirigían oblicuamente hacia el oeste, como buscando el centro de la grieta. Siguió las improntas durante un rato, no mucho, porque a unos treinta pasos de la oquedad vio que desaparecían por completo.

Parpadeó. Las huellas concluían en aquel punto, de un modo súbito, definitivo, como si el ser que las había grabado hubiese ascendido verticalmente o se hubiera convertido de repente en polvo, que luego se hubiese mezclado con el que cubría el suelo de la grieta. Hank se quedó boquiabierto al observar la desaparición de las huellas.

Volvió a arrodillarse. Dado que la Luna carecía de atmósfera, por lo que no podía haber golpes de viento que borrasen aquellas señales, podía argüirse que el ser que había pasado por allí lo había hecho mucho antes, incluso siglos. Pero la nitidez del grabado, la perfección de la impronta, le inclinó a pensar que habían sido hechas poco tiempo antes. Quizá un día, una semana o dos como máximo, nunca más.

Se incorporó, fascinado por el descubrimiento. ¿Había selenitas? Supuso que éste sería el nombre que debería darse a los habitantes del satélite, en caso de que entrasen en relación con ellos. La posibilidad de reconocer a unos seres no nacidos en la Tierra le abrumó por unos momentos.

Sin embargo, lo que más le extrañaba era la brusca interrupción de las huellas. Si el ser que las había dejado había montado a continuación en un vehículo de cualquier clase, deberían verse también los rastros de éste, sus ruedas u orugas en caso de ser un vehículo no volador, o bien las de las patas sustentadoras caso de tratarse de una astronave. Pero no; allí no había otros rastros que los de los pies del misterioso ser que había pasado por la grieta. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿De dónde procedía? ¿Cuál era el medio que había empleado para alejarse? Las preguntas se agolparon y atropellaron en el cerebro de Hank, sin que, a pesar de sus esfuerzos, encontrara una respuesta adecuada.

De pronto, cuando más absorto estaba, sonó en sus auriculares la

irritada voz del coronel McCoffin.

—¡Cheaney! ¿Dónde diablos se ha metido usted? ¿Qué rayos está haciendo por ahí? ¿Divirtiéndose en una jira campestre? Vuelva pronto; las naves de pertrechos están a punto de llegar y necesitamos su cooperación.

—Coronel, es que he descubierto…

—¡No me importa lo que haya podido descubrir, maldición! —bramó McCoffin—. Lo único que quiero es tenerle aquí dentro de diez minutos, ¿estamos? ¡Termino y cierro!

Sonó un clic y Hank se encogió de hombros.

«Bueno, ya se lo diré cuando esté junto a él», pensó.

Giró sobre sus talones y emprendió la marcha hacia el punto de aterrizaje.

Antes de iniciar la ascensión, arrojó una mirada hacia las huellas. Tremendamente aturdido por el increíble hallazgo, regresó junto a sus compañeros.

* * *

Kearsarge y James habían bajado una estación portátil de control, conectada a la planta de energía de la astronave por medio de un grueso cable, forrado de goma y plástico tratados especialmente contra el espantoso frío del vacío interplanetario, a fin de evitar grietas inoportunas. James manipulaba en los cuadros de control, al mismo tiempo que Kearsarge dirigía su mirada hacia un par de pantallas en las cuales se reflejaban los menores movimientos de las naves que conducían el resto de los pertrechos que iban a necesitar durante su estancia en el satélite.

Byshon estaba a unos metros más allá, muy ocupado en obtener muestras de minerales, en tanto que el coronel observaba con atención las manipulaciones de los dos especialistas.

—Las naves se acercan —dijo James de repente—. Están a menos de diez mil kilómetros.

—¿Podrá hacerlas descender a las dos a un mismo tiempo? —preguntó McCoffin.

—Sí, porque usamos una frecuencia distinta para cada una de ellas. Antes de una hora las tendremos en el suelo de la Luna, coronel.

—Muy bien. Entonces, empezaremos a preparar nuestro campamento. Es decir —añadió—, suponiendo, que nuestro «boy-*scout*» haya hallado el lugar adecuado. —Se volvió hacia el joven.

—Así ha sido, coronel —respondió Hank—. Y todavía he hallado más. Le diré, señor; he encontrado rastros de pasos de una persona que ha estado en la Luna antes que nosotros.

Sobrevino un denso silencio. Hasta el profesor Byshon, que tenía su radio conectada para escuchar las conversaciones, se volvió hacia Hank.

McCoffin le miró parpadeando, asombrado.

—Los rusos —resopló—. Esos tipos van a estar antes que nosotros en todas partes.

—No han sido los rusos, coronel.

—¡Hank, no me haga pensar que el viaje le ha trastornado! En estos condenados momentos, no estamos aquí más que los soviéticos y nosotros. ¿Quiere hacernos comulgar con ruedas de molino?

Por toda respuesta, el joven levantó un pie en el aire y enseñó la suela de su bota espacial.

—Miren esto —dijo— y miren luego la huella que deja en el polvo. Las suelas de nuestras botas tienen grabadas las iniciales del nombre de su dueño y las letras U.
S. Es
de suponer que el calzado de los rusos esté construido con idénticas características, o sea, con las iniciales de sus dueños y luego las siglas
U. R. S. S.

—¿Y bien? ¿Qué demuestra eso, Cheaney? A lo mejor es que no han juzgado oportuno grabar las suelas de sus botas, eso es todo.

—He pensado lo mismo que usted, coronel —respondió el joven sin inmutarse—. Pero las huellas que he visto son completamente distintas a las de cualquier calzado usado por un hombre de la Tierra, cualquiera que sea su nacionalidad. Las huellas que dejan nuestras botas tienen de treinta a treinta y cinco centímetros, en tanto que las que yo he visto sólo tenían veinticinco y quizá exagero. Además, son de forma trapezoidal. ¿Quién diablos puede usar unas botas con una suela de esa forma, cuando todas las de los terrestres tienen una forma bien definida, sean rusas, americanas o

de cualquier otra parte del globo?

Interesadísimo por la conversación, el profesor Byshon había abandonado sus minerales. Kearsarge había olvidado por completo el manejo de los instrumentos de control de las naves que se aproximaban al satélite a gran velocidad.

—Dice usted, Cheaney —exclamó Byshon—, que esas huellas no son de seres humanos.

—Bueno —se defendió el joven—, yo no aseguraría tanto. Pero sí me parecen muy extrañas y no acabo de creer que los rusos hayan estado aquí antes que nosotros. Señor, si su campamento está a veinticinco kilómetros del nuestro, no pueden haber llegado hasta aquí, cuando sólo nos llevan tres o cuatro horas de ventaja. Tendríamos que haberles divisado a la fuerza.

—¿Y no será —dijo McCoffin malignamente— que ha visto usted visiones, Cheaney?

El joven se amoscó.

—¡Coronel!…

Byshon extendió la mano.

—Un momento —dijo—. Es muy común en el hombre terrestre creerse el ombligo del mundo. Nunca, hasta hoy, hemos tenido contacto con otros seres de distintos planetas. Pero una cosa hay absoluta y positivamente segura: es de todo punto inevitable que un día u otro entablemos contacto con esos otros seres, procedentes de mundos que nos son desconocidos hasta ahora. ¿Por qué no ha podido llegar ya ese momento, coronel?

—¡Maldita sea! —juró McCoffin—. Profesor, no irá usted a decirme que…

Byshon no hizo caso de las palabras del coronel. Volviéndose hacia el operador de radio, dijo:

—Tony, ¿cuánto tardará en producirse el aterrizaje de las naves de pertrechos?

—Más o menos, cuarenta minutos, profesor —contestó el aludido.

—Perfectamente. Tenemos tiempo de sobra. Voy a coger mi cámara fotográfica y vamos a fotografiar esas huellas. La lástima es que nos hallamos en el vacío; ¡resultaría tan interesante obtener unos moldes en yeso! Vuelvo ahora mismo, Hank, usted me guiará.

—Descuide, profesor.

—Vaya —resopló McCoffin—. ¿No han contado conmigo? ¿Es que soy un cero a la izquierda?

—Usted debe permanecer aquí, Mac —dijo el profesor—. Atienda la llegada de las naves; es lo mejor que puede hacer. —Y se marchó.

Momentos después, el profesor descendía de la astronave con una cámara fotográfica a prueba de vacío. En unión de Hank, inició el camino hacia la grieta, a sólo diez minutos de distancia del punto de aterrizaje.

Descendieron al fondo de la grieta. Hank iba en cabeza, como conocedor del terreno. Pronto alcanzaron la oquedad donde el joven había pensado instalar el campamento definitivo.

Al llegar allí, Hank se detuvo como herido por el rayo.

¡No había el menor rastro de pisadas!

La superficie del fondo de la grieta aparecía completamente lisa, como si nada la hubiese alterado desde el principio de los siglos. Hasta donde alcanzaba la vista, el suelo aparecía sin ninguna señal o rastro de pisadas de seres humanos.

Enormemente desconcertado, Hank se volvió hacia el profesor.

—Esto es imposible —dijo—. Le aseguro que vi esas huellas, profesor. Salían de la entrada a la oquedad y alcanzaban hasta treinta metros o más. Había unas cuarenta señales…

Byshon no contestó. Estaba arrodillado en el suelo, examinándolo con infinita atención.

—No parece que haya pasado nadie por aquí antes que usted, Hank. —Dijo al cabo—. Sus huellas, sin embargo, se distinguen con total claridad.

—Insisto en que las vi; profesor. No fueron alucinaciones, se lo aseguro. Estaban perfectamente marcadas.

—Le creo, muchacho —murmuró Byshon reflexivamente—. Ahora bien; ¿le creerán los demás?

—¡Qué me puede importar que me crean o no, profesor! —estalló el joven—. Jamás llegarán a convencerme de que no he visto lo que vi con tanta claridad como le estoy contemplando a usted.

—Es extraño —musitó Byshon—. El suelo aparece perfectamente liso, como si nadie hubiese alterado nunca la superficie del polvo desde hace miles de años. Si el ser que causó las huellas regresó luego y las borró, al darse cuenta, quizá, de que había cometido una

imprudencia, ¿cómo es que no lo hemos visto?

Hank levantó la mano para frotarse la mandíbula, pero tropezó con el casco y se contuvo.

—¡Maldición! ¡Éste es un condenado asunto que no me gusta en lo más mínimo, profesor! Aquí, en la Luna, hay alguien que trata de tomarnos el pelo; y no son los rusos, precisamente.

—Un ser extraterrestre —murmuró Byshon, abstraído—. Sería fantástico, maravilloso, entrar en relación con él. O con ellos, porque, si es cierto que existe, resulta lógico y razonable suponer que no haya venido solo y que, por el contrario, se haya traído compañía. Sin embargo —añadió—, lo que más me preocupa es no haberle visto.

—En cambio, él nos ha visto a nosotros. ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¿Dónde se encuentra?

Byshon se echó a reír.

—Calma, muchacho, no atropelle usted las preguntas. Esto es algo que debemos averiguar con el tiempo. De nada nos sirve apresurarnos ante un misterio cuya solución desconocemos por completo. —Hizo una pausa y luego continuó—: No es lo malo que el coronel y los otros no le crean a usted, sino que esos seres puedan resultarnos hostiles. Esto nos crearía una gravísima situación, dado que no hemos traído otras armas que unos cuchillos de cocina y unos abrelatas.

—Menguado armamento para luchar con unos seres que acaso disponen de pistolas atómicas —farfulló el joven.

—No exagere usted las cosas, Hank —dijo el profesor—. Quizá lo único que quieren es pasar completamente desapercibidos. Acaso nos temen y por ello buscan mantenerse fuera de nuestra vista. Ésta es una posibilidad que también hemos de tomar en cuenta, muchacho.

—Tiene usted razón, profesor —concordó Hank—. De todas formas, si es así, me gustaría conocerles, para expresarles nuestras intenciones pacíficas.

—A juzgar por lo que hemos podido ver… mejor dicho, no ver. —Se corrigió Byshon con una sonrisa—, lo que menos desean en estos momentos es entablar relaciones con nadie. Si es así, nos veremos obligados a respetar su voluntad, nos guste o no nos guste, Hank.

El joven emitió un profundo suspiro.

—Sí, pero ¡sería tan interesante conocer a otros seres que no son de nuestro mundo! ¿Por qué no querrán dejarse ver?

—Ésa es una pregunta cuya respuesta quizá conozcamos algún día, aunque ese día no me parece demasiado próximo —manifestó Byshon—. Bien, muchacho, emprendamos el regreso; las naves de pertrechos están ya próximas a aterrizar.

Hank levantó la vista al cielo. Dos puntitos rojizos se divisaban en la negrura del espacio, descendiendo lentamente hacia la superficie del satélite. Siguiendo al profesor, Hank emprendió el regreso hacia el lugar de aterrizaje. Iban a tener mucho trabajo en las próximas horas.

CAPÍTULO III


ra una labor lenta y aburrida tener que acarrear los pertrechos desde las naves de transporte hasta el lugar elegido para el campamento. Debían cargar con los bultos, caminar más de un kilómetro, descender al fondo de la grieta, descargar, subir a la superficie y volver de nuevo al cohete. Cada viaje les consumía bastante más de una hora y, aunque podían llevar muchísimo más peso que en la Tierra, la operación resultaba embarazosa muchas veces por el bulto de los objetos a transportar.

Pero todos arrimaron el hombro sin quejarse y, en un tiempo excepcionalmente rápido, montaron una cabaña transparente, dotada de esclusa de aire a fin de poder permanecer en su interior sin el molesto e incómodo traje de vacío. Tuvieron que transportar también las botellas de oxígeno, el agua, los víveres, unos delgados pero cómodos sacos de dormir y numerosos instrumentos, la mayor parte de los cuales quedarían allí, para uso de sucesivas expediciones, ya que la nave principal no podía contener tanta

carga a su regreso a la Tierra. Al fin, después de dos días de intenso trabajo, el coronel McCoffin dio por terminada la instalación.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Tony James—. En la Tierra están muy contentos con nuestra llegada, pero aún no hemos visto a los rusos.

—Ni falta que hace, ¡rayos! —Gruñó McCoffin—. Ya estamos bien nosotros solos. Mañana empezaremos a trabajar según los planes que establecimos en el vuelo. Usted, profesor…

—Conozco mis obligaciones, Mac —dijo Byshon— y sé lo que tengo que hacer. Ahora bien, si quiere un consejo, le diré que debiera hacer una visita a los rusos, aunque no sea más que a efectos protocolarios.

—¡Jamás! —bramó el coronel—. Que vengan ellos primero…

—Mac, no deje nunca que nadie le gane en educación. Ellos han llegado primero, es cierto; pero nuestro deber es aceptar la derrota con deportividad y, ¡qué diablos!, a fin de cuentas, también nosotros hemos llegado y estamos aquí. Peor sería que aún estuviéramos en la Tierra, Mac, reconózcalo.

McCoffin rezongó algo entre dientes. Luego, dijo:

—Está bien, profesor. Pero son veinticinco kilómetros y ello nos llevará demasiado tiempo. Podemos estar un par de días fuera.

—Bueno, no les pasará nada. Supongo que los rusos estarán, más o menos, acomodados como nosotros y les darán cobijo por una noche. Resultará mejor que si se tratase de otros.

—¿Se refiere usted a esos misteriosos seres cuyas huellas vio el amigo Cheaney? —dijo McCoffin, sarcástico.

—Yo no dudo de la palabra de Hank, coronel —dijo Byshon en tono sosegado—. Ignoro quién dejó las huellas y luego las borró; pero no me cabe la menor duda de que Hank está en su sano juicio y que si dice que vio unas huellas de pasos ahí afuera, es que las vio.

McCoffin se frotó la mandíbula.

—Tengo que afeitarme, maldita sea —gruñó—. Sí, profesor, vamos a dar crédito al muchacho, pero ¿dónde diablos están eses tipos? ¿Por qué no se dejan ver? Eso es lo que me gustaría saber, rayos.

—Mac, si no quieren hacerse visibles, será inútil cuantos esfuerzos realicemos por localizarlos. Llevamos ya más de cuarenta

y ocho horas en el satélite y no nos ha ocurrido nada. Lo mejor será despreocuparnos del asunto. Ya veremos qué hacemos en el momento en que se nos aparezcan. Mientras tanto, hagamos nuestra vida normal. Es decir, la vida normal de unos terrestres que se han convertido accidentalmente en habitantes de su propio satélite.

El coronel lanzó un profundo suspiro.

—Conforme. Haremos lo que usted dice, profesor; creo que es lo más acertado. De todas formas, y en prevención de que pudiera ocurrirnos algo, sugiero que dividamos la noche en cinco turnos para vigilar por si viésemos algo extraño.

—Coronel, la noche lunar tiene catorce días terrestres. Por lo tanto, nos tocarían casi a tres días para cada uno —rió Kearsarge.

—No me vengan con bromitas estúpidas, rayos —farfulló McCoffin—. Yo haré el primer turno, el profesor el segundo; seguirá luego el mayor Cheaney, y después irán ustedes, Kearsarge y James, por este orden. Eso es todo.

Hank se embutió en su saco de dormir y cerró los ojos. Le costó un poco conciliar el sueño, pero al fin acabó durmiéndose profundamente, tanto, que el profesor necesitó sacudirle con bastante fuerza para conseguir despertarle.

—Hank, es su turno —dijo Byshon en voz baja.

—Está bien, profesor. ¿Alguna novedad?

—No, hasta ahora. Bueno, me voy a dormir.

—Que descanse, profesor.

El joven se puso en pie y se sirvió una taza de café frío, que había sobrado de la cena. Suspiró por un cigarrillo; tenían aire de sobra pero, de común acuerdo, se había acordado suprimir el tabaco, a fin de no cargar con una cosa que, aun sin pesar mucho, habría ocupado demasiado espacio, el cual se necesitaba para otros objetos de mayor utilidad. Sentóse en una caja que contenía latas de alimentos y contempló, a través de la pared transparente del cubículo donde se alojaban, el esplendoroso espectáculo de un cielo de pureza absoluta.

Transcurrió un buen rato. Hank pensaba con frecuencia en las huellas que había descubierto y se esforzaba por imaginarse la conformación física del ser que había grabado su paso en el polvo del suelo lunar. ¿Cómo sería? Se preguntó una y otra vez. ¿Qué aspecto tendría? ¿Humano? ¿O sería un monstruo de tres pares de

brazos y piernas con varias articulaciones? ¿Tendría cinco ojos y tentáculos terminados en ventosas, para poder succionar los elementos químicos de los cuales se alimentaba? De lo único que estaba seguro era que no podía ser muy voluminoso, dada el relativo pequeño tamaño de sus huellas. Estimó su estatura en un metro veinte o uno treinta, como máximo, pero, se dijo, esa estatura debía ser calculada suponiendo que su figura fuese más o menos humana. En caso contrario, ¿quién podía asegurar de una manera exacta sus dimensiones?

De pronto, sin saber cómo, se encontró sumido en una especie de trance hipnótico, una semiviligia que le impedía hacer el menor movimiento, sin dejar por ello de percibir cuanto sucedía a su alrededor. Notó vagamente que el ritmo de los latidos de su corazón y el de su respiración disminuían considerablemente, hasta alcanzar una cifra muy cercana a la mitad de lo normal, y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que disfrutaba de una extraña clarividencia que le permitía «ver» ciertas cosas que no estaban en su campamento, contemplarlas con unos ojos que, captando las imágenes como si fueran los suyos, no pertenecían, sin embargo, a su ente físico. Pero aquellas imágenes se le presentaban muy borrosas y confusas; eran unas siluetas de conformación vagamente humana, situadas bajo una enorme cúpula transparente, de forma semiesférica, en el interior de la cual había numerosos instrumentos, algunos de ellos de tamaño considerable y cuyo objeto y finalidad le resultaban perfectamente desconocidos.

El interior de la cúpula era vastísimo y podía contener hasta una veintena de grandes edificios. Aun sumido en aquel trance, Hank calculó su diámetro en casi cuatrocientos metros, por la mitad de altura. No pudo ver puerta de entrada ni tampoco esclusa de aire, pero era porque los detalles se le aparecían sumamente confusos y las imágenes de las personas y los objetos se le presentaban, a veces, incluso distorsionadas y deformadas. Todo lo veía en silueta, sin relieves especiales.

De pronto, «oyó» una voz que resonaba directamente en su cerebro.

—*¡Fuera de aquí! ¡Marchaos a vuestras casas, intrusos! ¡Este mundo no os pertenece! ¡Marchaos antes de que sea demasiado tarde!*

La «voz» calló apenas pronunciadas las frases anteriores. En el

mismo momento, Hank recobró plenamente su total conciencia. Fue como si alguien hubiera chasqueado los dedos delante de sus narices, haciéndole recobrar el conocimiento de golpe.

Hank sacudió la cabeza un par de veces. Miró asombrado en torno suyo; la grieta conservaba su aspecto normal y las estrellas continuaban en el cielo. ¿Había estado soñando?

—Esas huellas me están preocupando demasiado —dijo a media voz, con el fin de escucharse a sí mismo—. He tenido una pesadilla, eso ha sido todo.

—*No ha sido una pesadilla. Repetimos nuestra orden anterior: debéis marcharos de la Luna antes de que sea demasiado tarde. ¡Marchaos, marchaos!*

Esta vez no le cupo la menor duda de que la voz había resonado directamente en su cerebro, como si alguien le hubiese insertado un minúsculo altavoz dentro de los huesos del cráneo, junto a los órganos de la audición. Parpadeó, asombrado y espantado.

¡Los seres extraños existían!

Ahora ya no podía dejar de creer en su existencia. Había entrado en relación con ellos, aunque de una forma unilateral, y había escuchado perfectamente el amenazador mensaje que le habían transmitido. Debían marcharse de la Luna antes de que fuese demasiado tarde. La Luna no era «su» mundo. Entonces, ¿de «quién» era?

Vaciló unos momentos, pero al fin resolvió que la cuestión no podía demorarse por más tiempo. Acercóse al lugar donde dormía McCoffin y le sacudió con fuerza.

—Coronel —llamó—. Despierte, coronel.

McCoffin se sentó en su saco de dormir, refunfuñando con malhumor.

—¿Qué diablos pasa ahora, Cheaney? ¿Acaso ha visto a los selenitas? —dijo de muy mal talante, por haber sido despertado en lo mejor de su sueño.

Hank no sabía cómo decirlo.

—Sí, señor… Es decir, no, señor… Les he visto, pero en sueños. Y ellos me han hablado a través de la mente…

McCoffin miró a su subordinado con la boca abierta de par en par.

—¡Cheaney! —vociferó, terriblemente encolerizado—. ¿Es que

me ha despertado sólo para contarme sus pesadillas? —Se pasó la mano por la cara—. ¿Qué hicieron esos asnos del Servicio Médico que no descubrieron que uno de los miembros de la expedición era sonámbulo?

—Le aseguro que no soy sonámbulo, señor. —Hank se sentía muy nervioso, pues se daba cuenta de que en esta ocasión sus manifestaciones no iban a ser creídas. A pesar de todo, consideraba su deber informar lo que le había pasado—. No los vi, pero los vi. Y ellos me hablaron…

—¡Cheaney! —bramó el coronel, despertando a los restantes—. ¡Le advierto a usted que soy muy poco amigo de las bromas! ¡Si tiene usted deseos de jugar, le voy a pegar un puntapié en salva sea la parte que lo voy a enviar a la Tierra sin astronave, a que se divierta en el Central Park! ¿Me ha oído? No se despierta a nadie para gastarle bromas.

—Un momento —terció Byshon, sentándose sobre el saco de dormir—. Dejemos que el muchacho se explique. Cuéntenos, Hank, ¿qué es lo que le ha ocurrido?

—Les aseguro a todos que es la pura verdad —dijo Hank. Por primera vez empezaba a maldecir la hora en que se había alistado en la
N. A. S. A.
[1]—. Vi unas sombras confusas. Estaban bajo una gran cúpula… —Explicó con todo detalle lo que le había pasado, sin omitir el hecho de que, durante unos momentos había estado sumido en trance, y terminó relatando al pie de la letra las frases que había captado con su mente—. Así ha sido y nadie me hará creer lo contrario, señor —terminó con firmeza.

McCoffin estaba a punto de explotar.

—¡Un visionario! Lo que nos faltaba, maldita sea mi estampa. Primero ve unas huellas que no existen, y luego, en sueños, se pone a conversar con unos figurados selenitas…

—¡Le digo a usted que es verdad, coronel! —gritó el joven, muy enojado—. Puede que no haya visto bien sus detalles, pero digo que estaban protegidos bajo una cúpula transparente y que me hablaron por medio de la mente.

—Ya —dijo McCoffin, sarcástico—. Hasta los selenitas se han aprendido el disco ese, ¿eh? «Yankees, go home»[2]. Hombre, pues

sí que nos hemos hecho populares hasta en la Luna…

—Por favor, Mac —intervino de nuevo el profesor—. Déjeme hablar con el muchacho. No olvide que, además de geólogo, soy el médico de la expedición. Mi especialidad no es la psiquiatría, pero conozco bastante de esta rama de la medicina moderna. Y entiendo que es muy posible que el muchacho diga la verdad.

—¿Usted también? —bufó el coronel. Se tendió en el suelo y se cubrió con su saco de dormir—. ¡Al diablo todos y al diablo los selenitas! ¡Yo me vuelvo a dormir! ¿Me entienden? ¡Y no me despierten hasta que me traigan un selenita vivo!

Kearsarge y James se tendieron también a dormir. El profesor preparó rápidamente un poco de café, calentando en un hornillo eléctrico a pilas, un poco de agua en la cual vertió dos comprimidos de café soluble. Ofreció a Cheaney una taza y él tomó otra.

—Ahora, sin prisas y sin nerviosismo, cuéntemelo todo, muchacho. Repita su narración de cabo a rabo, sin omitir el menor detalle. Adelante, Hank; no tenga miedo.

—De acuerdo, profesor. —Hank empezó a hablar, relatando de nuevo todo lo que le había pasado, incluso añadiendo detalles que había omitido antes, debido al nerviosismo producido por la cólera del coronel.

Al terminar, el profesor, que le había escuchado en completo silencio, sin interrumpirle una sola vez, le pidió que le repitiera, con la mayor fidelidad posible, las frases pronunciadas por aquellos misteriosos seres de la Luna.

Hank lo hizo así. Byshon analizó las frases y su sentido. De pronto, inquirió:

—¿Dijeron «este mundo no es vuestro»?

—Sí, profesor.

—¿Por qué dirían «mundo» y no «satélite»?

—Quizá ellos consideran que la Luna es su mundo, profesor.

—Puede ser —murmuró Byshon, meditabundo—. ¿Mencionaron las palabras «yanqui» o «terrestre»?

—No, de eso estoy positivamente seguro, profesor. Dijeron «intrusos». Lo juraría ante cualquier tribunal.

—Intrusos —repitió Byshon lentamente—. Eso significa que consideran la Luna como suya.

—Pero ¡es nuestra, profesor! Bueno, quiero decir de los

terrestres: americanos, rusos… de cualquier nación que pueda enviar una expedición astronáutica y poner el pie sobre el satélite, como lo hemos hecho nosotros y los hombres del comandante Petrov.

—Bueno, quizá ellos consideran que la Luna es de su exclusiva propiedad. Hank, imagínese que ahora llegase a la Tierra una expedición de seres procedentes de otro mundo y que quisieran adueñarse del planeta, en lugar de explorarlo pacíficamente y procurar entablar relaciones amistosas con sus habitantes. ¿Qué diríamos nosotros, en tal caso?

—Naturalmente, protestaríamos. La Tierra es de los terrestres, profesor.

—Entonces, ellos pueden argüir lo mismo. La Luna es de los selenitas.

—Pues ¡que se dejen ver, demonios! Si es cierto que viven aquí, nadie les discutirá sus derechos de propiedad del satélite, pero, al menos, que entablen relaciones con nosotros. Así aprenderemos a conocernos, intercambiaremos…

—Quizá no les conviene o no les agrada relacionarse con nosotros —sugirió Byshon reflexivamente—. Ignoramos por completo cómo son y cómo piensan, excepto una cosa, mejor dicho, dos: no quieren dejarse ver y no quieren que sigamos con ellos en el satélite.

—Y ¿vamos a dejar que nos echen de aquí? —exclamó el joven con airado sarcasmo.

—Si ellos poseen armas y nosotros no, el resultado no es difícil de adivinar, muchacho. Tendremos que irnos.

Los dientes de Hank crujieron de pronto.

—Me negaré a ello, profesor —dijo con acento tajante.

—Oh, claro. Pero si le ponen una pistola en el pecho, ya me dirá qué es lo que puede hacer, si no largarse. A menos que…

Byshon se interrumpió de pronto. Hank le miró con avidez.

—A menos, ¿qué, profesor?

—Los rusos.

Hubo una pausa de silencio. Hank juntó las manos, retorciéndoselas nerviosamente.

—No puede ser —declaró finalmente—. La voz resonó en mi cerebro directamente. Los transmisores de radio están

desconectados, porque es el tiempo de nuestro descanso. No; los rusos no han sido, profesor. Además, la voz lo dijo bien claramente: «No es una pesadilla». ¿Entiende lo que, significa esto, profesor?

—Sí —convino Byshon, sombrío—. Significa una cosa, Hank: los selenitas son telépatas.

De nuevo se hizo el silencio.

—Profesor —dijo Hank de pronto—, ¿podría usted decirme por qué he sido yo el único que ha oído la voz de esos seres a quienes hemos convenido dar el nombre de selenitas?

Byshon meditó unos segundos.

—Sólo hay una respuesta. Hank —dijo al cabo—. Es empírica, aventurada, incluso diría yo inverosímil, pero es la única que se me ocurre en estos momentos. Muchacho, es usted el único de todos nosotros que vio las huellas grabadas en el polvo del satélite. Si ésa no es la solución, no sé cuál otra pueda ser.

CAPÍTULO IV



l coronel McCoffin tenía el rostro completamente rojo.

—¡No, no y mil veces no!

¡No pienso avisar a la Tierra de lo que sólo son fantasías de una mente desequilibrada! Aparte de que no creo una sola palabra de semejantes paparruchas, ¡maldita sea mi estampa!, no tengo ganas de hacer el ridículo más espantoso de mi vida. ¿Se imaginan ustedes los titulares de los periódicos? «Los componentes de la primera expedición americana a la Luna, aterrorizados por los selenitas invisibles». «Hasta en el espacio, los seres ultraterrestres han aprendido a decir»: «Yankees, go home». ¡Absurdo, fantástico, inadmisible! ¡Kearsarge, deje de tocarme en el hombro de una vez, demonios! ¡No, no diré nada a Cañaveral…! ¡Kearsarge! ¿Es que no puede estarse quieto? ¡Váyase a ayudar a James y déjeme en paz de una vez! Escuche, Cheaney, si piensa que voy a creerle esa maldita fábula de los selenitas…

—Coronel —dijo Kearsarge solemnemente—, creo que los selenitas vienen a visitamos. Mírelos usted, por favor.

—¡Los selenitas y sus reverendos abuelos pueden irse a…!

El coronel McCoffin se interrumpió de pronto. Quedóse con la boca abierta de par en par, mientras miraba hacia un punto situado hacia el sudoeste lunar.

Un vehículo, rodando a buena velocidad sobre el suelo del satélite, se acercaba al punto donde los americanos habían aterrizado. A pesar de la distancia, pudieron apreciar que era un oruga descubierto, sobre el cual viajaban dos personas. El vehículo dejaba tras sí una estela de polvo gris que luego se posaba lentamente, sin apenas remolinos ni agitación en su seno.

—¡Los selenitas! —exclamó el coronel.

—No —dijo Byshon—. Los rusos. Vienen a visitarnos. Ya le dije, Mac, que debiera haber hecho esa visita de protocolo. Ahora, dirán de nosotros…

—¡Déjeme en paz con el qué dirán! —barbotó McCoffin, terriblemente furioso—. Vamos a recibirlos y no con pancartas de bienvenida, precisamente. Me está dando en la nariz que son ellos los autores de semejante alboroto y, si es así, me van a oír. ¡Ya lo creo que me van a oír! ¡Vamos, síganme todos y cojan unas buenas piedras por si tenemos que defendernos!

—Mac —dijo el geólogo pacientemente—, ¿no cree que se está extralimitando?

—¡Váyase al infierno! —barbotó el exasperado coronel.

El oruga había debido encontrar un paso en la grieta, porque la había rodeado y ahora rodaba en dirección casi paralela a la misma. En pocos momentos se aproximó lo suficiente para que los norteamericanos pudieran distinguir unas vestiduras y equipos completamente terrestres, aunque, naturalmente, no construidos en los Estados Unidos.

McCoffin se detuvo a los pocos pasos, con los pies algo separados, en actitud belicosa. Hank se situó a su derecha, en tanto que los demás adoptaban distintas posiciones.

El oruga se detuvo a tres o cuatro metros de distancia. Los dos ocupantes del vehículo saltaron a tierra y se encaminaron hacia los americanos. Hank pudo distinguir claramente en sus pechos la estrella roja de cinco puntas, bordeada en oro, y las iniciales

C. C. C. P.,
correspondientes, en el alfabeto ruso, a las
U. R. S. S.
usadas por los occidentales.

Los soviéticos se detuvieron a dos pasos de los americanos. Hank los estudió detenidamente. Uno de ellos era un hombre joven, robusto, de cara cuadrada y ojos penetrantes, de unos treinta y cuatro años de edad. El otro era la geólogo de la expedición rusa.

Era una mujer joven; veintiséis años todo lo más, calculó Hank, de cabellos intensamente negros, muy cortos, y pupilas verdosas. Tenía los rasgos faciales angulosos, pero no exentos de belleza y una ligera prominencia de sus pómulos, así como una pequeñísima oblicuidad de sus ojos, indicaban una remota ascendencia oriental. A pesar de las ropas, que ocultaban la mayor parte de sus formas, Hank la adivinó delgada, aunque no flaca, y fuerte y esbelta al mismo tiempo. No poseía una gran hermosura, al menos en el sentido clásico de la palabra, pero era bonita y atractiva.

—Soy el comandante Petrov, jefe de la primera expedición soviética a la Luna —dijo el ruso con voz metálica, estridente—. La doctora Tania Virushova, geólogo de nuestra misión.

—Encantado de conocerle, comandante Petrov —contestó McCoffin en tono seco. Hizo las correspondientes presentaciones y luego dijo—: Celebro tenerle entre nosotros, señor.

—En cualesquiera otras circunstancias, yo también hubiese celebrado mucho este conocimiento, coronel McCoffin —manifestó Petrov—. Sin embargo, debo decirles que nosotros, los componentes de la expedición soviética, nos sentimos muy disgustados por la actitud de la misión que manda usted, coronel.

McCoffin parpadeó asombrado.

—No le entiendo, comandante Petrov. ¿Qué es lo que hemos podido hacerles nosotros para disgustarles? Es la primera vez que les vemos, no nos hemos relacionado con ustedes hasta este momento…

Hank se dio cuenta de que tanto Petrov como Tania Virushova iban provistos de sendas pistolas, guardadas en sus respectivas fundas, las cuales colgaban de un cinturón que rodeaba su talle. El hecho le causó una honda preocupación y, sobre todo, un gran disgusto. ¿Era que iban a trasladar al satélite sus viejas rencillas y

antagonismos?

—Se lo explicaré con toda claridad, coronel —manifestó Petrov, sin abandonar su tono frío y reticente—. No esperaba de ustedes, los americanos, que nos felicitasen por haber sido los primeros en llegar a la Luna.

Esto, hasta cierto punto, se comprende, aunque puede tener la seguridad de que, si hubiera sido a la inversa, ya habrían recibido ustedes nuestros parabienes…

—Abrevie, abrevie, comandante Petrov —gruñó McCoffin—. ¿Qué más diablos tiene que decirnos?

—Es bien sencillo, señor —dijo el ruso, dominando difícilmente su cólera—. Ustedes, molestos y despechados por haber llegado los segundos, nos han amenazado con graves daños si no abandonamos el satélite en el menor plazo posible. Esto es intolerable, coronel McCoffin; y puede creerme si le digo que he puesto el hecho en conocimiento de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, a fin de que entable la acción oportuna contra su gobierno. Eso es todo —concluyó Petrov, enfático.

En el primer momento, McCoffin se quedó con la boca abierta, tal era el asombro que sentía. Luego, reaccionando bruscamente, prorrumpió en maldiciones.

—Que nosotros les hemos… ¡Condenación! Pero ¿quién se ha creído que somos nosotros? ¿Acaso nos ha tomado por…?

El profesor Byshon dio un paso hacia adelante a la vez que extendía su mano derecha.

—Conténgase, Mac, y no ponga las cosas más difíciles de lo que ya lo están. —Se dirigió al ruso—. Comandante, por favor, vamos a ver si aclaramos esta cuestión porque, si mis sospechas son ciertas, temo que están padeciendo un gravísimo error.

—No hay error posible —contestó Petrov—. Las amenazas han sido realizadas…

—¿A quién de ustedes y por quién de nosotros? —preguntó Hank bruscamente.

Tania Virushova dio un paso hacia adelante.

—A mí —dijo con voz clara y firme—. Naturalmente, ignoro cuál de ustedes fue el autor de la amenaza.

—Pero ha sido realizada, de ello no nos cabe la menor duda —añadió Petrov virulentamente—. Incluso la doctora Virushova

divisó huellas de pasos a corta distancia de nuestro campamento.

—¿Es cierto eso? —preguntó Hank.

—Absolutamente —respondió Tania.

—¿Puede decirme qué forma tenían las huellas? —Siguió Hank, quien empezaba a comprender la verdad de lo que ocurriría.

La rusa se desconcertó un momento. Volvió la vista hacia Petrov, como consultándole acerca de la respuesta que debía dar.

—Dígalo usted sin rodeos, doctora —gruñó su compañero.

—Pues bien —expresó ella—, tenían forma trapezoidal, de una longitud aproximada de veinticinco centímetros por doce o quince de ancho máximo.

Hank levantó el pie derecho.

—¿Cree usted que una de mis botas o de mis compañeros, que son idénticas, ha podido dejar una huella como la que usted vio, señorita Virushova?

—No —dijo Tania sin reflexionar.

—Pero eso no indica nada —barbotó Petrov—. Han podido cambiar de calzado…

—¿Ah, sí? —exclamó Hank, sarcástico—. Comandante Petrov, ¿se le ha ocurrido acaso medir la longitud de su propio pie? ¿Cómo se explica usted que cualquiera de nosotros, cuyo pie mide como mínimo entre veinticinco y veintiocho centímetros de largo, pueda encerrar ese miembro en una bota de dimensiones iguales o inferiores a las de su propio pie? —Extendió la mano hacia la joven —. Apuesto a que esas huellas desaparecieron a los pocos momentos, doctora Virushova.

—Sí, es cierto —murmuró ella, muy desconcertada.

Implacable, Hank continuó su interrogatorio. De todos los componentes de su expedición, él era el único en condiciones de formular preguntas con fundamento.

—Y —añadió—, también estoy seguro de que es usted la única que oyó las amenazas.

—Así es —reconoció la rusa.

—¿Quiere que le repita exactamente las frases que oyó? —Se las recitó punto por punto, en medio del asombro de Petrov y de ella misma—. ¿No es eso lo que oyó usted… dentro de su propio cerebro?

—Sí.

—Aún hay más, doctora Virushova. Usted entrevió, en medio de una especie de sueño, una gran cúpula con numerosos instrumentos en su interior y varias siluetas de seres parecidos a humanos. Estaba en trance, como hipnotizada, pero plenamente consciente, a pesar de todo. ¿No es cierto lo que estoy diciendo?

—Debo confesar que tiene usted toda la razón del mundo, comandante Cheaney —dijo la joven.

—Pero las amenazas existen —exclamó Petrov.

—Perdone, comandante —intervino Byshon—, pero hemos de tener en cuenta una cosa. Solamente uno de ustedes es el que ha visto las huellas y escuchado las amenazas. Lo mismo ocurre en nuestra misión. ¿Podría usted asegurar que ha recibido esos mensajes intimidatorios por la radio? ¿Puede decirme si, además de mi encantadora colega, la doctora Virushova, hay alguien más de ustedes que haya contemplado las huellas y escuchado las amenazas?

—No. Pero eso no significa…

—Eso significa una cosa, comandante Petrov —le interrumpió Byshon, sin perder la calma—. Les parecerá increíble, absurdo, pero la Luna está habitada. Dicho con más claridad, en términos más sencillos, hay selenitas, existen y nuestra presencia aquí les incomoda. Eso es todo, comandante.

El ruso miró a Byshon de hito en hito.

—¿Espera que yo me crea semejante fábula, profesor? —exclamó el cabo.

—Si no es así, ¿por qué ha creído en las manifestaciones de la doctora Virushova? Puesto que ella es la única que ha visto las pisadas, que no corresponden en modo alguno al calzado que nosotros usamos, y ha escuchado en su mente, no lo olvidemos, «en su mente», esas amenazas, ¿qué tiene de particular la doctora para que a ella la crea y a nosotros no? ¿Acaso su juventud y su agraciado rostro?

—Las condiciones físicas no tienen nada que ver con el asunto que nos ocupa —resopló el comandante Petrov—. Lo único que sé es que nuestro Ministro de Asuntos Exteriores está tomando ya las medidas oportunas para que no se repita un hecho semejante. Y —añadió en tono amenazador—, todavía otra cosa, coronel McCoffin.

—¿Sí, comandante Petrov? —dijo el aludido.

El ruso palmeó amenazadoramente la pistola que pendía de su costado.

—Hemos llegado a la Luna los primeros. Pero aun esto carecería de importancia, porque hay sitio para más y llegarán otras expediciones de distintos países en lo sucesivo. Sólo quiero decirles una cosa: estamos armados y no nos dejaremos avasallar por nada ni por nadie. Espero haya tomado en cuenta mi advertencia, coronel.

McCoffin hinchó el pecho, hasta que pareció a punto de explotar. Fue a decir algo, pero Hank Cheaney se le adelantó.

—Permítame un momento, señor. —Se encaró con el ruso—. Comandante Petrov, debo suponer razonablemente que esas pistolas que llevan ustedes son de pólvora.

—Así es, mayor Cheaney —contestó el aludido, sumamente aturdido.

—Muy bien. La pólvora puede arder en el vacío, como consecuencia de la deflagración de un fulminante. Ahora bien, ¿cree usted que sus pistolas seguirán funcionando después del primer disparo?

Los párpados de Petrov se movieron nerviosamente.

—No veo la razón por la cual no podrían continuar disparando hasta agotar la carga, si fuese necesario.

—Le diré, comandante —observó el joven en tono reflexivo—. Toda arma de fuego ha de estar cuidadosamente engrasada, a fin de que se encuentre siempre en buen estado de funcionamiento. Pero ustedes han olvidado un detalle esencial: estamos en el vacío, con temperaturas notablemente inferiores al cero de la escala centígrada. La grasa se habrá congelado y… ¿Comprende lo que quiero decirle, coronel Petrov?

Hubo una pausa de explosivo silencio. Con la grasa congelada, las pistolas sólo podrían disparar el primer tiro, ya que los mecanismos de carga no funcionarían al estar soldados unos a otros por una tenue capa de grasa sometida a unas temperaturas bajísimas.

De pronto, el coronel Petrov exclamó:

—Regresemos, doctora —dijo secamente. Giró sobre sus talones y, sin despedirse de los americanos, Tania y Petrov se marcharon. Instantes después, no eran más que un puntito en el Mar de las

Lluvias.

CAPÍTULO V

espués de la marcha de los soviéticos, el coronel McCoffin y sus hombres guardaron silencio durante unos momentos. De pronto, McCoffin lanzó un bufido.

—¡James! ¡Trate de establecer comunicación con el Secretario de Estado, pronto!

—Sí, señor. —El ingeniero de comunicaciones echó a correr hacia sus aparatos.

McCoffin miró a Byshon.

—Profesor, esto es más grave de lo que parece —dijo, sombrío—. Los rusos esos van a organizar el escándalo del siglo.

—La gravedad de la situación no está en el jaleo que organicen los rusos, sino en que ellos también han sido amenazados y no han querido hacer caso de las amenazas, achacándolas a nosotros —dijo Hank, anticipándose al profesor en la respuesta.

—Pero, por todos los demonios —juró McCoffin—, ¿cómo quieren que les diga que yo no creo en semejantes paparruchas?

—Mac —habló Byshon en tono sensato—, es preciso creer. En lo que sea, no importa ahora qué. Pero es evidente que nos estamos enfrentando a unos seres completamente desconocidos, a los cuales no gusta nuestra presencia en la Luna. Éste es el hecho primordial que hemos de tener en cuenta y con arreglo al cual habremos de ajustar nuestra actuación a partir de ahora. La amenaza existe, eso es indudable. Ahora, a usted, como jefe de la misión, le corresponde tomar las medidas pertinentes.

McCoffin se quedó cortado. Empezó a pensar que Hank y Byshon tenían razón. Ellos no habían amenazado a los rusos, pero éstos habían percibido las amenazas. Byshon creía las manifestaciones de Cheaney, quien había captado también unas amenazas formuladas por unos seres de naturaleza enteramente desconocida. ¿Qué era lo que debía hacer en una coyuntura semejante? En Cabo Cañaveral no les había pasado por las mentes una posibilidad que no habían creído llegara a tomar cuerpo jamás… pero que ahora era algo real y positivo, aunque no tangible ni perceptible a simple vista.

La voz de Tony James, sonando a través de los auriculares de las radios individuales, le sacó de sus abstracciones.

—Coronel, el Secretario de Estado al habla.

McCoffin echó a correr hacia el punto donde estaba la emisora de radio que les enlazaba directamente con la Tierra. James le entregó dos aparatitos: el uno parecido a un auricular y el otro a un micrófono, los cuales fueron adheridos inmediatamente a la parte externa del casco. Desconectó su radio individual, a fin de evitar posibles interferencias, y empezó a hablar con Washington.

Hank y los demás esperaron en silencio, mientras el coronel conversaba con el Secretario de Estado. No pudieron oír el diálogo, pero sí les fue dado ver los enérgicos ademanes que hacía McCoffin, protestando con viveza contra algo que era evidente no le agradaba. Al fin, el coronel se arrancó el auricular y el micrófono y los arrojó violentamente contra el suelo.

Dio media vuelta al dial de la radio individual.

—Maldita sea —gruñó—. El Secretario me ha dicho que ha recibido una enérgica protesta de los rusos y me ordena visitarles y presentarles nuestras excusas. He querido decirle lo que pasaba, pero no me ha dejado hablar apenas…

—Exactamente, lo que suele hacer usted con los demás, Mac —

dijo Byshon en tono reprobatorio.

McCoffin se lo quedó mirando de hito en hito.

—He hecho algo que no creí hacer jamás: decir que la Luna estaba habitada y… ¿saben lo que me respondió el Secretario de Estado? ¡Dijo que usted, profesor, debía coser una camisa de fuerza y ponérmela!

Hank ahogó una sonrisa.

—Coronel, vamos a hacer una cosa. Si el Secretario le ordenó dar excusas a los rusos, yo me encargaré de hacerlo. —Consultó su reloj—. Hoy es tarde ya, puesto que tenemos que recorrer a pie los veinticinco kilómetros que nos separan de su campamento. Si le parece, señor, haré una cosa mientras llega el momento de la partida.

—Dígala, Hank.

—Bien, es obvio que no hemos llegado tan bien equipados como ellos. Debimos haber hecho que incluyeran en nuestro equipo un pequeño vehículo para realizar exploraciones. Pero, puesto que no lo hemos traído, sugiero vaciar por completo los dos cohetes de carga, trasladar el combustible que haya quedado de uno de ellos al otro, y utilizar éste para remontarnos aunque no sea más que un par de miles de metros y ver qué es lo que se divisa desde las alturas. Yo me encargaré de hacer los cálculos y mañana, a primera hora, partiré hacia el campamento ruso.

—Que le acompañe el profesor —gruñó McCoffin—. Byshon es un buen diplomático y le será muy útil. —Levantó ambas manos con desesperación—. ¡Pedirles excusas!

—Es a los selenitas a quien tendríamos que dárselas —observó Byshon, muy preocupado.

—¡No me hablen más de esos condenados selenitas! —vociferó el coronel—. ¡A trabajar!

Al llegar la «noche», es decir, el período de descanso, ya que en la Luna era de «día» y habría luz durante nueve días terrestres más, Hank informó, con un rimero de cuartillas en la mano, atestadas de signos numéricos, que en las dos naves auxiliares había combustible suficiente para alcanzar una altitud de cinco mil metros y descender luego lentamente. Pero era imprescindible trasladar el resto de la carga de uno de los cohetes a los depósitos del otro.

—Y ¿cómo vamos a hacerlo? —Gruñó McCoffin.

—Muy sencillo. Es combustible sólido. Abran los depósitos y sáquenlo en bloques que pueden transportar tranquilamente a mano. Será una labor penosa, pero no hay otro remedio que hacerla. Desde cinco mil metros puede observarse una gran extensión del satélite.

—Con tal de que los selenitas no estén en las antípodas —gruñó el coronel—. Bueno, esta noche haremos turnos de vigilancia también. Y, no se olviden: cojan unas buenas piedras. Quizá una pedrada a tiempo pueda solucionar muchos asuntos.

Hank contuvo una sonrisa. Sin embargo, en su interior, estaba muy preocupado.

Luego se puso a discutir con el profesor el asunto del viaje hasta el campamento soviético. Los depósitos de aire contenían el suficiente para ocho horas.

—La distancia es de veinticinco kilómetros —dijo Byshon reflexivamente—. En un terreno normal y a buen paso, podríamos recorrerlos en cinco horas. Aquí, debido a la baja gravedad, ese tiempo debería reducirse aún más, pero no sabemos cómo está el camino…

—Perdone, profesor, pero creo que hay un medio infalible para guiarnos. Las huellas del vehículo ruso.

Los ojos de Byshon se iluminaron.

—¡Claro! ¡Qué estúpido! ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí antes? Sí, es cierto; si nos damos prisa, podemos llegar en cuatro horas. Nos quedarían otras tantas de margen para la vuelta, pero como eso podría resultar muy justo, habida cuenta de que tendremos que descansar un poco y hablar con ellos, lo mejor será llevarnos una pequeña provisión de oxígeno de repuesto. Las botellas suplementarias pesan sesenta kilos terrestres, que aquí son solamente diez. El peso, por lo tanto, no debe significar inconveniente para nosotros.

—Es de acuerdo con usted, profesor. Y ahora, si le parece bien, opino que debemos echarnos a dormir. Mañana nos espera una jornada fatigosa.

—De acuerdo, muchacho.

Hank se tendió en su saco y cerró los ojos. Le costó bastante conciliar el sueño, pero al fin logró dormirse.

Su sueño fue plácido y sin alternativas durante, varias horas. De

repente, se sentó en su lecho, sin conocer exactamente las causas.

Sabía que estaba despierto, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que una mente extraña trataba de influenciar en la suya. De nuevo, como la vez anterior, volvió a sentirse sumido en trance.

La gran cúpula transparente volvió a verse, borrosa, como a través de una niebla no demasiado espesa. Las máquinas y los seres que habían bajo la misma se divisaban como sombras confusas.

La «voz» le habló de nuevo.

—*No habéis hecho caso de nuestra intimidación. Esto es grave para vosotros. Os ordenamos marchar de un mundo que nos pertenece. Idos, pronto, antes de que sea demasiado tarde.*

Entonces, Hank, aun en medio de su embotamiento, supo concebir una idea y, sin perder un segundo, se puso en contacto mental con el ser misterioso que le hablaba en silencio.

—*¡Espera un momento! No te retires. Quiero que me digas quiénes sois, por qué estáis aquí y cuáles son las causas de vuestra enemistad hacia nosotros. Te aseguro que nuestras intenciones son completamente pacíficas y que no albergamos el menor sentimiento hostil hacia vosotros. Sólo queremos entablar relaciones y conoceros mejor. Contéstame, te lo ruego.*

—*No tengo nada que hablar contigo. Ya estás advertido.*

El selenita fue interrumpido de pronto por otra «voz», que llegaba desde un punto distinto. Enormemente asombrado, Hank escuchó el parlamento de la otra persona que acababa de intervenir.

—*Mi compañero de la Tierra tiene razón. Buscamos la paz y no la guerra. Queremos ser amigos vuestros. ¿Por qué no os dejáis ver?*

—*¡Basta ya!* —contestó el selenita, evidentemente malhumorado y desconcertado por las frases que se le dirigían—. *Nuestra advertencia está hecha. No volveremos a repetirla. Marchaos; es todo cuanto os puedo decir.*

La «voz» del selenita se calló. Hank sintió que su estado de trance desaparecía pero, antes de volver a la normalidad, quiso seguir conversando con la otra persona que había «hablado» con el selenita.

—*¡Doctora Virushova! ¿Me escucha usted? ¡Contésteme, se lo ruego!*

—*Comandante Cheaney…*

La «voz» de Tania se extinguió de pronto, después de las dos palabras precedentes. Con desesperación, Hank trató de entrar en

comunicación mental con ella, pero no lo logró. De pronto, sin saber cómo, se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO VI



on el fin de no aumentar la alarma, Hank lo quiso relatar lo que le había sucedido durante la noche. Después de prepararlo todo con minuciosidad, emprendió la marcha en unión del profesor.

La baja gravedad lunar facilitaba su locomoción. Siguieron fielmente las huellas de las rodadas dejadas por las orugas del vehículo ruso y no fue sino hasta que estuvieron a buena distancia del campamento que Hank narró a su acompañante los hechos que se habían producido la noche anterior, teniendo buen cuidado de variar antes la frecuencia de su transmisor individual, a fin de que no les escucharan sus compañeros.

—Así que los selenitas volvieron a amenazar.

—Ciertamente, profesor.

Mientras caminaban a buen paso, Byshon rumió el relato de joven.

—Y usted oyó, bueno, esto es un decir, percibió está mejor

expresado, las frases que la doctora Virushova dirigía al selenita que les amenazaba.

—Aunque sus palabras resonaron en mi cerebro, me resultaron tan inteligibles como las que usted está pronunciando ahora, profesor.

—Debe resultar extraño y maravilloso a un tiempo oír con la mente —dijo Byshon, admirado.

—Cuando uno se siente amenazado, no siente ninguna admiración por el método empleado para proferir esa amenaza —dijo Hank de mal talante.

—Lo que yo me pregunto —manifestó Byshon— es por qué la doctora Virushova no quiso seguir conversando telepáticamente con usted. ¿Cree que captó su primera frase de llamada, es decir, después de que el selenita hubo callado?

—Desde luego, de ello no me cabe la menor duda. Incluso me contestó. Dijo: «Comandante Cheaney…». Pero se interrumpió en el acto, sin pronunciar una sola palabra más.

—Es extraño —dijo comentó Byshon—. Quizá su jefe, el comandante Petrov, le prohibió que siguiera en comunicación con usted.

—Es posible —convino el joven—. Pero de lo que no me cabe la menor duda es que esos selenitas se sienten cada vez más molestos. ¡Diablos, profesor! ¡Hemos venido a la Luna en misión científica, como exploradores y adelantados de otras expediciones que se enviarán más adelante, pero no para guerrear ni con los rusos ni con cualquier ser de otro mundo, fuera cual fuese éste!

—Usted piensa así y yo pienso de la misma forma, Hank —expresó el profesor en tono sensato—. Pero ¿pensarán igual los otros, quiero, decir los rusos y los selenitas?

Descorazonado, Hank hubo de reconocer que no podía dar una respuesta concreta. Al menos, en lo que se refería a los rusos. Al cabo de unos minutos, sugirió volver los transceptores a la frecuencia normal y dejar de comentar el asunto hasta que se encontraran en el campamento ruso.

Continuaron su camino, avanzando a un promedio de cinco o seis kilómetros por hora. Las Montañas de Tenerife aumentaban muy lentamente de tamaño y parecía que no las iban a alcanzar nunca.

De pronto, cuando ya hacía más de tres horas de su partida y calculaban habían debido recorrer al menos quince kilómetros, vieron a lo lejos una diminuta nubecilla de polvo.

—Alto —dijo Hank—. Alguien viene.

Los dos hombres se detuvieron. En pocos momentos estuvieron en situación de distinguir claramente la imagen del vehículo ruso.

—Vendrán a echarnos —rezongó el joven.

—No sea pesimista —le recomendó Byshon—. En todo caso, déjeme hablar a mí.

—«Okay», profesor.

El oruga les alcanzó a los pocos minutos. Entonces vieron que sólo traía un ocupante.

—Soy al capitán Strodno —se presentó el recién llegado—. Mi jefe, el comandante Petrov, ha sido informado por radio de su llegada y me envía para recogerles. Hubiera salido antes a su encuentro, pero no nos atrevimos a hacerlo hasta tenerles a distancia visual.

—El comandante Petrov es muy considerado —alabó Byshon—. Gracias por salir a recibirnos, capitán Strodno.

Hank observó que el rostro del soviético estaba inusitadamente serio. ¿Habría dado cuenta Tania de las amenazas recibidas? En tal caso, pronto lo sabrían.

Subieron al vehículo y se acomodaron como pudieron, ya que estaba construido con el espacio suficiente para dos personas. Hank tuvo que viajar de pie, sobre un reborde saliente en la parte trasera, pero aquello era mejor que caminar los seis o siete kilómetros que aún les quedaban. El oruga, movido por un motor eléctrico de batería, recargable por la acción de los rayos solares, emprendió la marcha de inmediato.

Diez minutos más tarde llegaban al campamento ruso, instalado en una profunda oquedad situada al pie de las montañas. La nave que les había transportado hasta la Luna se hallaba al otro lado de un escarpado promontorio, por cuya causa sólo era posible divisar la ojiva de la aguzada punta.

Strodno saltó al suelo y los americanos le siguieron. Pasaron a través de la esclusa de aire y penetraron en una espaciosa cabaña estanca, de paredes transparentes, montada con lo que a Hank le pareció un lujo casi insultante.

En esta ocasión, el rostro del comandante Petrov se mostraba más acogedor. Tania estaba a su lado, despojada de su traje de vacío y ataviada con un monopieza de brillante color naranja, que moldeaba a la perfección las rotundas líneas de un cuerpo joven, compacto y bien formado. El atractivo que se desprendía de su rostro, enmarcado por unos negrísimos cabellos cortados como un muchacho, era innegable.

Hank y Byshon se despojaron de sus cascos de vacío. Entonces, en un medio ambiente idóneo, el comandante Petrov estrechó sus manos.

—Bien venidos a nuestro campamento, caballeros —dijo con amabilidad, aunque sin sonreír—. Procuren acomodarse como mejor puedan, mientras la doctora Virushova les prepara un poco de té.

—Agradecemos su bienvenida, comandante, así como el gesto de enviar al capitán Strodno a recogernos —manifestó Byshon.

—El coronel McCoffin tuvo la bondad de informarnos —expresó Petrov—. Pero, siéntense, por favor.

Hank y Byshon tomaron asiento en unos cajones de embalaje. El comandante Petrov les obsequió con cigarrillos.

—Hemos traído también algunas botellas de vodka —dijo—, con una de las cuales celebramos nuestro feliz alunizaje. Pero no volveremos a beber; hemos resuelto guardarlo como medicina. En un ambiente de tan baja gravedad, una simple copa de licor produce en un hombre el efecto de un puñetazo en la mandíbula.

Byshon sonrió comprensivamente. Hank aspiró el humo del cigarrillo, el primero que fumaba en muchos días, mientras contemplaba los delicados rasgos de la joven, inclinada sobre una cocinilla eléctrica a pilas. Se dijo que era una mujer muy atractiva. «Pero se casará con alguno de estos camaradas, a fin de dar origen a una generación de astronautas rusos». Y, sin saber por qué, el pensamiento le produjo un malestar indefinible.

Tania llegó con el té, que desprendía un grato aroma. Tomaron un par de tazas y luego, cuando ella se hubo sentado junto a su jefe, éste empezó a hablar.

—Caballeros —dijo—, les supongo enterados de la gravedad de la situación. A juzgar por su presencia en nuestro campamento, debo presumir que han venido para tratar de las amenazas

recibidas.

—En principio, nuestro viaje obedecía a motivos muy distintos, comandante —dijo el joven—. Sencillamente, veníamos a presentarles nuestras excusas por orden del Departamento de Estado. Ignoro qué habrán dicho en su Ministerio de Asuntos Exteriores, pero en el nuestro, lisa y llanamente expresado, no nos creen.

—Y, sin embargo, las amenazas han sido proferidas por segunda vez —intervino Tania súbitamente—. Yo las escuché esta noche con toda claridad.

—Supongo que habrá oído las mismas frases que oí yo, doctora —dijo el joven. Las repitió y esperó la confirmación de Tania.

—Sí, eso mismo dijeron —aseguró ella—. Ahora ya no nos es posible dudar de la existencia en la Luna de unos seres con inteligencia, a los cuales nuestra presencia no les agrada en absoluto.

—Por mi parte —terció el comandante Petrov—, creo firmemente en las manifestaciones de la doctora Virushova y así se lo he participado ya a las autoridades de nuestro país.

Byshon miró a Hank.

—Creo que usted no hizo bien en callar lo que le había pasado —dijo en tono de reproche.

—Usted ya conoce al coronel McCoffin —rezongó el joven, malhumorado—. No tenía el menor deseo de aguantar una rociada de improperios.

—Está bien, dejémoslo por ahora —concedió Byshon—. Es evidente que ustedes —se dirigió a Petrov— también han sido amenazados y de un modo simultáneo a nosotros. Creo que sería conveniente el establecimiento de un plan común de defensa para contenerles si atacan.

—Y ¿por qué no de ataque? —saltó Hank—. El que da primero, da dos veces, no debemos olvidar esta importante regla.

—El caso es que no sabemos dónde están ellos —terció Tania.

—Por lo tanto, debemos esperar a ser atacados para defendernos y, luego, pasar a la ofensiva. Porque nosotros —dijo Petrov con gran énfasis— hemos conquistado la Luna y no pensamos abandonarla tan fácilmente. Hemos recibido la orden de permanecer aquí a toda costa y continuaremos en nuestro puesto mientras aliente uno solo

de nosotros.

—Sus palabras denotan un gran espíritu, comandante —dijo Byshon—, aunque, por desgracia, no correspondan demasiado a la realidad. Porque ¿cómo vamos a defendernos, inermes ante unos seres seguramente provistos de armas poderosísimas, de las cuales, quizá, no tenemos ni la más remota idea?

Las palabras de Byshon causaron sensación en el auditorio. Entonces, Hank, que hacía ya mucho rato que estaba dando vueltas a una idea fija que se le había metido en la cabeza, dijo:

—A mí me parece, con el debido respeto y sin ánimo de ofender a unos y a otros, que todos están equivocados.

—¡Eh! —Respingó Petrov.

—¿Qué está diciendo, muchacho? —exclamó el profesor—. ¿Va a negar ahora la existencia de tales amenazas?

—Déjenle que se explique —terció la joven—. Hable, comandante Cheaney. ¿Qué es lo que tiene que decirnos?

—Sencillamente, que esos seres no son tan peligrosos como creemos.

Hubo una pausa de silencio, durante la cual los ocupantes de la cabaña trataron de digerir las palabras del joven.

—¿Dice que no son peligrosos… después de las amenazas que han proferido? —Gruñó Petrov.

—¿En qué se funda usted para sentar tal afirmación? —inquirió Byshon.

—Muy sencillo; precisamente, en las mismas amenazas. ¿No han oído ustedes hablar de seres inferiores, animales, peces o insectos, que adoptan un aspecto espantoso sólo para asustar a otros seres de mayor tamaño y superior ferocidad, que pretenden darse un festín con ellos? Tomemos un ejemplo de lo más sencillo: el erizo o el puerco espín. Los entendidos dicen que su carne es exquisita y, naturalmente, los animales carnívoros lo saben por instinto. Pero ¿qué hace el erizo cuando se ve amenazado por un peligro? Hasta el tigre tiene miedo de dañarse los hocicos cuando se encuentra delante de una bola de púas afiladísimas. Hay peces que tienen un aspecto realmente espantoso, pero, en realidad, son inofensivos por completo. Existen insectos cuya sola contemplación horripila, pero que se aprovechan de su espeluznante apariencia para hacer huir a los animales que pretenden devorarlos. ¿Por qué no ha de suceder

lo mismo con esos misteriosos seres?

¿Han oído hablar ustedes de las ranas del Amazonas, esos batracios que emiten unos gritos aterradores?

—Hizo una pausa y terminó: —¿Se han dado cuenta de lo que pretendo sugerirles con cuanto acabo de decir?

Después de las palabras de Hank sobrevino un denso silencio. El primero en hablar fue el profesor Byshon.

—Es posible que tenga usted razón —admitió—. Las amenazas de los selenitas me recuerdan a los niños que gritan en la oscuridad para asustar a los fantasmas.

—Ni más ni menos —exclamó el joven.

—Pero, tendríamos que buscarlos y convencerles de nuestras intenciones —alegó Petrov—. Deseamos la paz, queremos explorar pacíficamente el satélite. Si ellos lo habitan, no tendremos inconveniente en considerarles como dueños de la Luna, pero deben permitirnos una exploración pacífica en favor de la ciencia.

—Lo difícil va a ser entrar en contacto con ellos —dijo el profesor en tono pesimista.

—Tienen que ser unos tipos muy pequeños, a la fuerza —observó Hank reflexivamente—. No hay más que ver sus huellas. ¿Lo recuerda usted bien, doctora?

—Sí, desde luego. Yo calculo su estatura entre un metro veinte y uno treinta, no más; es decir, suponiendo que su conformación sea aproximadamente humana.

—Es lo mismo que habíamos calculado nosotros —manifestó Hank—. Pero todavía hay otra cosa más, en la cual habrá reparado usted sin duda, doctora.

—Diga, comandante Cheaney.

—Usted recordará sin duda la llamada telepática que recibió anoche. ¿Oyó las frases que yo dirigía al selenita?

—Sí, con toda claridad —afirmó ella—. Yo también le hablé… mejor dicho, me comuniqué con él.

—¿Se dio cuenta de que, después de que el selenita hubo cortado la comunicación telepática, me puse en contacto con usted? ¿Captó mis palabras, doctora?

—Perfectamente. Luego, yo quise responderle… Pero, de repente, ocurrió algo que nos impidió continuar en contacto mental. Ignoró a qué se deberá, comandante Cheaney.

—De modo que ustedes dos se comunicaron entre sí —dijo Byshon, absorto—. Eso significa que hay dos terrestres capaces de emplear las facultades telepáticas que todos tenemos y que, prácticamente, nadie es capaz de utilizar.

—Sí, pero esa comunicación se interrumpió de pronto —exclamó Hank—. Lo cual me inclina a suponer dos cosas. Primera: el selenita nos servía de «puente», una especie de estación relevadora de ondas telepáticas, y, cuando le pareció conveniente, cortó el contacto. Segunda: estos mensajes mentales que hemos recibido la doctora y yo han desarrollado rápida y potentemente nuestras facultades extrasensoriales, digamos dormidas hasta ahora, y al intentar seguir el contacto mental, el selenita interfirió nuestra comunicación.

—Yo me inclino a pensar lo primero —expresó Tania—. Es decir, que el selenita nos servía de puente.

—¿Por qué? —quiso saber Petrov.

—Por la sencilla razón de que, si queremos seguir comunicándonos, disponemos de aparatos de radio —alegó la joven —. No hace mucho hemos recibido un mensaje del coronel McCoffin —dijo, en apoyo de su aserto.

—Es cierto —convino Hank—. El selenita era nuestro puente de enlace y cuando se dio cuenta de que, aunque inconscientemente, lo estábamos utilizando para comunicarnos la doctora y yo, cerró su mente, por así decirlo, dejándonos sin contacto telepático.

—Todo eso está muy bien —dijo Byshon de pronto—, y es muy de celebrar que los dos hayan captado las mismas frases de amenaza. Lo cual, es obvio, aclara notablemente las cosas y aclara también que ni nosotros ni ustedes —se dirigió a los rusos— hemos amenazado a nadie, terrestre, desde luego; pero no explica lo más importante de todo.

—¿Qué es lo más importante, en su opinión, profesor Byshon? —preguntó el comandante Petrov.

—Encontrar el lugar donde se guarecen los selenitas —contestó el geólogo rotundamente.

CAPÍTULO VII



urante el resto del día, el intercambio de mensajes radiados entre el comandante Petrov y el coronel McCoffin fue incesante. McCoffin no quería dar su brazo a torcer, pero al fin hubo de comprender las razones que asistían a su interlocutor. Ya no era posible ignorar en modo alguno la existencia de los selenitas y se hacía necesario el establecimiento de una acción conjunta, si no de ataque, sí al menos defensiva, caso de que los selenitas pasaran a vías de hecho.

De común acuerdo se estableció que entre las dos expediciones enviarían tres parejas de exploradores por las inmediaciones de los respectivos campamentos, con el fin de buscar los posibles rastros de aquellos extraños seres que no se habían dejado ver hasta el momento. Las parejas estarían compuestas por Hank y Tania, una de ellas; otra, por el profesor y el capitán Strodno, y, por último, el comandante Danielski, montado en el oruga, iría en busca de uno de los miembros del campamento americano. Las comunicaciones se

realizarían por radio cada sesenta minutos o antes si se advertía alguna huella de los selenitas. De este modo, siempre quedaría una pareja en cada campamento. Nunca, salvo el tiempo que Danielski emplease en llegar a la posición americana, debía quedar un hombre solo.

Aprobado el plan, se establecieron los sectores a explorar. Hank y Tania lo harían en dirección oeste, a pie, hacia el Monte Pico. Byshon y el capitán Strodno lo harían por el lado opuesto, en tanto que Danielski y su acompañante, aprovechándose de la superior facilidad de movimientos que les confería el vehículo, describirían grandes círculos en torno a la posición americana. La observación por medio del cohete quedaba aplazada.

Por lo tanto, Hank y el profesor pernoctaron en el campamento ruso, cuyos componentes les colmaron de atenciones. Ahora, más que nunca, unos y otros se daban cuenta de que debían dejar de lado sus diferencias particulares; eran terrestres y debían unirse para defenderse de un enemigo común, el cual, según sus manifestaciones, no iba a tener piedad de ellos.

La noche transcurrió sin novedad. Ni Hank ni Tania recibieron la menor llamada telepática. Los selenitas se mantenían en silencio, cosa que hizo pensar bastante al joven, hasta que, al fin, vencido por el sueño, se durmió profundamente.

A la mañana siguiente, después de un sólido desayuno, los exploradores emprendieron la marcha. Hank tomó las botellas de aire de repuesto, las cuales contenían el gas suficiente para ocho horas de suministro continuo. Se dio cuenta de que la joven salía provista de una cámara fotográfica y de su pistola.

—He limpiado cuidadosamente todo rastro de grasa —aclaró ella, una vez ya en marcha—. Así, el metal resbalará contra metal y podrá funcionar, en caso de que me vea precisada a utilizarla. —Miró a Hank y sonrió—. Su advertencia de anteayer resultó muy útil, comandante Cheaney.

—Es cierto —convino él—. Sin embargo, nosotros no pensamos nunca en una guerra y por ello vinimos desarmados.

—Es una expedición a un país desconocido, es preciso estar preparado para cualquier eventualidad —manifestó la joven tranquilamente—. Fíjese, si no, en esos misteriosos seres que nos amenazan…

—Ustedes no trajeron las armas para los selenitas —la interrumpió Hank en tono de reproche—. Pensaron lo peor de nosotros. Los rusos, como siempre. Desconfiando de todo y de todos.

Tania se enojó.

—No debería decir eso de nosotros. Simplemente, teníamos que estar prevenidos.

—Ya —dijo él, sarcástico—. Seguramente pensaron que los americanos, celosos de su primer puesto, atacarían su campamento y les degollarían, ¿no es así?

La joven apretó los labios.

—Éste es un tema desagradable, comandante. Conste, en todo caso, que la idea de traer pistolas no fue mía. Si mi voto hubiera valido, la energía gastada en transportar armas y municiones podría haberse empleado en traernos cosas más valiosas.

—¿Fue idea del comandante Petrov?

—No importa ahora de quién partiera la sugerencia —respondió Tania con sequedad—. Nuestro interés, en estos momentos, se centra en encontrar a los selenitas.

Callaron durante unos momentos, mientras seguían caminando por encima del polvo del Mar de las Lluvias. El suelo era llano en general, aunque de cuando en cuando se veían obligados a dar un rodeo para evitar alguna grieta que les salía al paso de improviso. A veces divisaban una pequeña prominencia en su ruta y ascendían a la cima, a fin de tener más campo visual.

Al cabo de dos horas, durante cuyo tiempo habían recorrido una decena de kilómetros en línea recta, sin contar con los desvíos, se detuvieron para hacer un alto en la cima de un promontorio rocoso que surgía a un centenar de metros por encima de la planicie del mar selenita. Tania tomó asiento en una roca y Hank paseó la mirada en torno suyo durante un buen rato.

A su izquierda, hacia el oeste, se divisaban las crestas de los Alpes, que apenas asomaban del horizonte. Los Apeninos, hacia el sur, casi no se veían, y el Monte Pico, a relativamente pocos kilómetros de distancia, alcanzaba su cúspide a 2150 metros de altura, como un cono pétreo agrietado, de afiladas aristas en los bordes de las hendeduras causadas por las bruscas diferencias de temperatura, que resquebrajaban las rocas incesantemente a lo

largo de incontables cientos de siglos, hasta convertirlas, poco a poco, en polvillo microscópico e impalpable.

Guardaron silencio, ganados por la magnificencia del paisaje, que los envolvía en sus ondas de distintas tonalidades de gris, algunas de las cuales brillaban como trozos de puro mineral de plata al recibir de lleno los rayos de un sol, que ardía en el espacio con furia silenciosa. La quietud era absoluta total.

De pronto, Tania notó una irregularidad bajo su pie. Se puso de rodillas y escarbó el polvo con los dedos, hasta encontrar un pedrusco, que sacó a la luz del día.

—¡Mire, Hank! —exclamó, olvidando, en la excitación del momento, el protocolario tratamiento que había usado hasta entonces.

Cheaney soltó un silbido de asombro y se arrodilló junto a la muchacha.

—¡Dios mío! —exclamó atónito—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Aquí —señaló ella—. Bajo mi pie.

Hank tomó el objeto que había hallado la joven y se quedó contemplándolo en medio de un reverente silencio, fascinado por los reflejos que se desprendían de la superficie del diamante.

—Supongo —dijo al cabo—, que los selenitas no querrán espantarnos para aprovecharse ellos solos de los diamantes lunares.

—No lo dirá usted en serio —observó ella.

—Oh, todo podría ser —murmuró Hank, sumamente pensativo. Lanzó el diamante a lo alto y esperó su caída, que se produjo con gran lentitud—. Si no tiene cincuenta kilates, yo me corto el cuello, Tania. Cuando vuelva a la Tierra, podrá lucir una magnífica joya, se lo aseguro.

Le devolvió el diamante y hurgó con ambas manos en el polvo. Unos momentos más tarde extraía cuatro o cinco pedruscos más, cuyo promedio de grosor era alrededor de tres centímetros.

—Vaya —silbó, asombrado—. Resulta que, buscando a unos marcianos, hemos dado con una mina de diamantes. ¿Qué le parece, Tania; denunciamos el hallazgo y formamos una sociedad al cincuenta por ciento?

—Yo no puedo hacer tal cosa, Hank —respondió ella, enfática—. Todo lo que encuentre en la Luna pertenece al estado.

—¡Tonterías! —bufó él—. Hay margen para todo, Tania. Un

yacimiento de diamantes es algo que no se encuentra a diario. En lo que a mí respecta, tengo la seguridad de que la NASA respetaría mis derechos sobre los diamantes que pudiera hallar. ¡Qué diablos! A fin de cuentas, somos nosotros los que nos estamos jugando el pellejo…

—Y olvidando los fines primordiales para los cuales fuimos enviados a la Luna —le reprochó ella con severo acento—. Será mejor que continuemos nuestro camino y arreglemos en mejor ocasión el asunto de los diamantes.

—En eso estoy conforme, pero nadie me impedirá, a poco que pueda, venir otro día y escarbar este cerro a fondo.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Me defrauda usted, Hank.

—¿Por qué, Tania?

—Le creí otra cosa, la verdad, pero ahora veo cuál es su verdadero fondo. Codicioso, lleno de ambiciones, sin escrúpulos… El prototipo del verdadero aventurero americano y capitalista, que no duda en pisotear al mejor de sus amigos con tal de conseguir sus turbios propósitos. No es usted distinto de sus compatriotas, Hank, y ello me llena de pena, no por mí, sino por usted mismo.

Hank escuchó la violenta perorata de la joven con la boca abierta de par en par.

—¡Tania! —Reaccionó al cabo—. Creo que no me ha entendido bien…

—Le he entendido a la perfección, Hank —cortó ella con sequedad—. Será mejor que prosigamos nuestro camino.

Hank la miró aún durante unos momentos. Luego movió la cabeza.

—De acuerdo. Sabía que todo intento de dar nuevas explicaciones estaba condenado de antemano al fracaso. Guardó los diamantes en el bolsillo exterior del traje y se dispuso a reanudar la marcha. En el mismo momento le pareció ver un destello luminoso a unos doscientos metros de distancia.

El destello se repitió un par de veces. Procedía de un punto situado directamente hacia el sur, ya en plena llanura, detrás de un montón de rocas que formaban como una especie de parapeto de dos o tres metros de alto, al borde de una grieta de no demasiada anchura.

—Tania —dijo en voz baja.

Ella volvió la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere ahora, Hank? —preguntó en tono adusto, desabrido.

—No se mueva. Nos están observando.

Tania se quedó rígida en el acto. Hank alargó su mano.

—Los prismáticos, por favor.

Ella se los entregó. Eran unos binoculares construidos especialmente para poder mirar a través de ellos sin necesidad de despojarse de la máscara transparente de la escafandra. Hank graduó los oculares y enfocó el aparato óptico hasta el punto donde había visto los destellos.

Los prismáticos pusieron visualmente las rocas a menos de diez metros de distancia. Entonces Hank observó un ligero movimiento.

—El tipo está ahí, Tania. Sigue observándonos.

La joven se sintió poseída instantáneamente de una fuerte excitación.

—¡Hank! ¿Puede captar algún detalle?

—No. Sólo veo algo que parece ser el hombro de una persona vestida de gris. —Les trajes que ellos vestían eran de vivos colores, con el fin de resaltar contra el monótono color del satélite—. Quizá viste así a fin de pasar inadvertido.

—Voy a comunicarlo al comandante Petrov…

—No, aguarde. Todavía no estamos seguros. Esperemos a ver si podemos captar algún detalle más, Tania.

—Déjeme los prismáticos, Hank —pidió la joven.

Tania miró a través del aparato óptico. Estuvo observando las rocas durante unos segundos. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Se escapa, Hank!

—¡Vamos a ver si lo capturamos! —gritó él, lanzándose cuesta abajo, sin reparar en los obstáculos que le salían al paso.

Tania corrió tras él. La baja gravedad lunar, que les permitía dar enormes saltos de diez y doce metros, facilitó su loca carrera. En unos segundos llegaron a la base del cerro, después de lo cual prosiguieron la marcha a toda velocidad, levantando grandes nubes de polvo. Medio minuto después, se hallaban junto a las rocas.

Hank pasó al otro lado y asomóse al borde de la grieta, cuya profundidad media era de seis o siete metros por el doble de anchura. El suelo era casi completamente liso y estaba señalado por

unas huellas que ambos conocían sobradamente bien.

Las huellas se dirigían hacia el oeste y se perdían a una veintena de metros de distancia, en un brusco recodo de la grieta.

—Sigámoslas —dijo él, lleno de entusiasmo, sin reparar siquiera en los posibles peligros de un encuentro con aquellos seres misteriosos.

—Sí, pero por el borde de la grieta, Hank. No descienda al fondo —recomendó la joven sensatamente.

Echaron a correr de nuevo, caminando en sentido paralelo a la grieta. Treinta metros más adelante, se detuvieron bruscamente, como heridos por el rayo.

* * *

El aparato estaba en el fondo de la grieta. No era muy grande; mediría unos cinco o seis metros de largo por la mitad de ancho y tenía forma triangular, aunque de bordes muy redondeados. En el centro disponía de una especie de cúpula transparente, que despedía vivos reflejos, y en la parte posterior se veían dos orificios ovoidales, de unos cincuenta o sesenta centímetros de eje mayor. Su altura era de dos metros y medio como máximo, y de la parte posterior de la cúpula sobresalía una especie de antena, con una rejilla muy espesa. Estaba sostenido por un trípode de patas muy cortas, que lo separaban del suelo cosa de medio metro, y en el lado izquierdo, según la posición de la pareja, se divisaba una escalerilla que terminaba en la cúpula.

El único tripulante del aparato estaba al pie del mismo y les contemplaba con expresión indescifrable. Tal como habían calculado, su altura era inferior al metro treinta y se hallaba embutido en un traje gris, con una escafandra cilíndrica, en cuya parte superior se divisaba otra antena, semejante a la del aparato, aunque más pequeña. El ser llevaba en el pecho del traje unos extraños signos grabados en un color muy brillante, parecido al oro, con leves puntitos radiantes, semejantes a piedras preciosas.

La distancia de Hank y Tania al aparato era de una docena de metros escasamente, merced a lo cual pudieron apreciar claramente los menores detalles del mismo y de su tripulante. El rostro del ser era muy parecido al de un humano, aunque de un vivo color

amarillo, de cráneo completamente pelado, y con unas orejas desmesuradamente grandes y terminadas en punta por la parte superior. Sus pupilas poseían una extraña fosforescencia escarlata, con alternativas de intensidad en su brillo.

El selenita les contempló durante unos segundos. Aunque el aspecto de su rostro no era enteramente humano, Hank pudo apreciar en el mismo una expresión muy parecida a la rabia y al temor. De pronto, el hombrecillo levantó el puño derecho, lo blandió un par de veces, con gesto amenazador y luego se dispuso a trepar por la escalerilla.

El gesto hizo reaccionar al joven. Sin pensárselo dos veces, sin atender las frenéticas llamadas de la joven, Hank se lanzó de un salto al fondo de la grieta. La lentitud de la caída le permitió amortiguar fácilmente el choque contra el suelo y quedar de pie.

—¡Cuidado, Hank! —gritó ella.

El joven no hizo caso de las recomendaciones de Tania. Su único interés estribaba en atrapar al selenita. Éste se había introducido ya en la cabina y estaba haciendo bajar la cúpula. Al mismo tiempo, la escalerilla se replegaba y se escondía en uno de los costados del aparato.

Hank alcanzó a tocar el extraño artefacto. Alargó la mano, buscando un asidero en su lisa superficie que le permitiera llegar a la cúpula. En el mismo momento, la cabina quedó completamente cerrada.

Se produjo un violento fogonazo, sin ruido alguno. Hank sintió un fuerte golpe en el pecho y cayó de espaldas, aturdido por el resplandor. Cerró un momento los ojos, deslumbrado por el relámpago.

Cuando separó sus párpados, el aparato había desaparecido.

CAPÍTULO VIII



e sentó en el suelo, levemente mareado. Tania corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—¿Se encuentra bien, Hank? —Su voz estaba llena de ansiedad.

El joven sacudió la cabeza un par de veces.

—Sí, Tania. —Miró estupefacto en torno suyo—. ¡Ha desaparecido! ¡No ha dejado rastro!

—No del todo —sonrió ella maliciosamente, palmeando la cámara—. He podido tirar unas cuantas placas, que resultarán muy interesantes cuando las revelemos, ya las verá.

—¡Tania! ¡Es usted una chica maravillosa! De modo que tuvo la serenidad de fotografiar al selenita. De buena gana le daría un beso…, si no fuera por las escafandras.

Tania enrojeció levemente.

—Suponiendo que yo se lo permitiera —contestó. Luego dijo—: Tendremos que comunicar la noticia al comandante Petrov.

—Y al coronel McCoffin, por supuesto. —Hank se puso en pie—.

¡Mire, Tania, las huellas del selenita han desaparecido por completo!

—Es verdad —exclamó la joven. El fondo de la grieta, a excepción de los lugares donde habían pisado ellos, estaba completamente liso—. ¿A qué será debido?

—No lo sé —dijo Hank, hondamente preocupado—. Todo esto me tiene muy intrigado, Tania. Ahora ya no nos cabe la menor duda de que nos hallamos ante unos seres que son de otro mundo.

—Selenitas —apuntó ella.

—Les damos ese hombre porque estaban en la Luna antes que nosotros, pero ¿sabemos si realmente han nacido aquí? ¿Podemos asegurar con certeza que el satélite está habitado? Personalmente, me inclino a creer que proceden de algún remoto planeta situado a Dios sabe qué distancia de la Tierra.

—Es posible que sea como dice, Hank —convino ella—. De todas formas, lo único cierto hasta ahora es que nos estaba espiando, que le sorprendimos, le divisamos con toda claridad, que su imagen está grabada en mi cámara y que, en lugar de atacarnos, ha huido. ¿Se da cuenta de lo que significa todo lo que acabo de decir?

—Sí —admitió Hank—. El caso se presta para especulaciones de todo género, Tania. Ahora bien, es obvio que usted y yo solos no podemos hacer nada. Voto por avisar a nuestros jefes y sugerirles la conveniencia de una reunión conjunta a fin de establecer un plan común de acción.

—Una idea muy sensata —aprobó Tania. Acto seguido, manipuló en los mandos de la radio y empezó a hablar.

* * *

Los rostros de los terrestres reunidos en el campamento ruso aparecían sombríos, concentrados. Incluso el coronel McCoffin, quien había llegado hasta allí, conducido en el oruga por el comandante Danielski, permanecía callado, olvidado momentáneamente de sus habituales juramentos.

Las fotografías obtenidas por Tania habían corrido de mano en mano. Habían sido retransmitidas por televisión a la Tierra, y ahora esperaban la decisión de las autoridades de ambas naciones sobre el caso frente al que se encontraban.

Hank se imaginaba fácilmente cuál iba a ser la reacción de los habitantes del planeta al conocer la sensacional noticia. Los expedicionarios habían encontrado habitantes en la Luna. ¡Adiós teorías de sabios y astrónomos de todas clases! En un santiamén se habían disipado viejos mitos, establecidos por la fantasía humana a lo largo de incontables centurias. Los selenitas existían, eran una realidad; y las placas obtenidas por Tania Virushova lo demostraban cumplidamente. Las fotografías habían resultado de una nitidez sorprendente y mostraban el rostro, el cuerpo y las demás características del selenita con una fidelidad absoluta, incluso con colores que parecían arrancados a la realidad. El extraño artefacto, que se suponía volador, también había sido reproducido con un lujo de detalles asombroso.

Pero la fotografía más extraña era la última, tirada precisamente en el instante en que el aparato se había desvanecido tras un deslumbrador relámpago. Para Hank y Tania, la desaparición del artefacto había sido instantánea, contemplada a ojo desnudo. Sin embargo, la cámara había captado la imagen del aparato repetidas veces, en distintas posiciones de un movimiento ascensional casi vertical, como, si con un mismo negativo, se hubiesen captado distintas fases del movimiento de partida del vehículo. Pese a todo, éste se advertía muy borroso, envuelto en un extraño halo luminoso, que apenas si permitía distinguir los contornos de su altivez metálica.

Tania repartió té. Hank tomó el suyo, mientras contemplaba reflexivamente una de las fotografías del selenita, posiblemente una de las primeras. Los rasgos de la cara del individuo eran visibles con toda perfección, y Hank trataba de adivinar por su expresión lo que estaba pensando el selenita en el momento en que fue fotografiado.

El capitán Strodno, jefe de comunicaciones de la expedición rusa, dijo de repente:

—Sin noticias todavía, comandante.

Petrov asintió en silencio. También él tenía en las manos una de las fotografías impresionadas por la joven.

—Me pregunto —murmuró Byshon— dónde tendrán instalada su base.

—Eso es algo imposible de saber —rezongó el comandante Danielski—. A juzgar por las manifestaciones de la doctora

Virushova y del comandante Cheaney, el selenita desapareció de repente, sin indicación alguna del rumbo que pudo haber tomado.

—Y esos asnos de la Tierra siguen sin decir ni pío —masculló el coronel McCoffin—. ¿En qué mil diablos estarán pensando?

—Si supiéramos dónde está la base de los selenitas… —dijo quejumbrosamente el capitán Borin.

—Y ¿qué pasaría si lo supiéramos? —Gruñó McCoffin—. No adelantaríamos nada; somos diez contra un montón de ellos, armados hasta los dientes…

—Perdone, coronel —dijo Tania de repente—. Creo que esa apreciación es un tanto errónea.

McCoffin apretó los labios.

—Doctora.

—Un momento, coronel —intervino Hank—. Creo que Tania…, perdón, la doctora Virushova tiene razón. Esos sujetos no están armados.

—¿En qué se funda usted para sentar una afirmación semejante y de modo tan rotundo? —preguntó el comandante Petrov.

—Le diré —respondió Hank—. Si estuvieran armados, supongamos con pistolas o fusiles de Dios sabe qué género, ¿por qué no las habrían usado ya contra nosotros? En una ocasión, al menos, fueron perseguidos. Lo hicimos la doctora y yo, cuando descubrimos al selenita. El tipo no sólo no nos disparó, sino que echó a correr. Lo más que hizo, cuando estábamos a cinco o seis metros de él, fue blandir el puño en actitud amenazadora. Por ahí pueden verlo ustedes; creo que la doctora impresionó una placa en ese momento. Ahora bien, imagínense ustedes la acción a la inversa; es decir, nosotros los perseguidos y con armas. ¿Qué habríamos hecho entonces?

—¡Acribillarlos a balazos! —expresó McCoffin rotundamente.

—¿Por qué no lo han hecho ellos? —preguntó el joven.

Sus palabras cayeron en un denso vacío de silencio. Hank sonrió, a la vez que continuaba:

—Se lo diré en seguida. Primero, porque no tienen armas; al menos, del tipo convencional que todos nosotros conocemos. Y, segundo, porque están despavoridos de miedo.

—¡Eso ya lo dijo en otra ocasión! —Gruñó el comandante Petrov —. Pero no tiene pruebas que confirmen su aserto.

—¿No? —sonrió Hank—. Miren esta fotografía y fíjense en la cara del selenita. He estado durante largo rato tratando de analizar la expresión de su semblante y he llegado a la conclusión de que en el momento en que la doctora disparaba el obturador, el selenita estaba pasando un miedo espantoso. Véanla bien, se lo suplico.

La fotografía pasó de mano en mano, provocando diversos comentarios, algunos de los cuales no estaban de acuerdo con las manifestaciones del joven.

—Está bien —rezongó McCoffin—. Admitamos que tienen miedo. Y ¿qué?

—Además —agregó Petrov— el sujeto ese les amenazó con el puño. El gesto ha quedado nítidamente impreso merced a la doctora Virushova.

—Un hombre que siente rabia puede sentir miedo al mismo tiempo y expresarlo de una manera muy común en semejantes circunstancias —arguyó Hank—. El gesto de blandir el puño no significa valor, precisamente.

—Pero sí amenaza —exclamó Danielski.

—El que amenaza, trata siempre de intimidar a su adversario, esto es axiomático —insistió Hank—. Puede hacerlo por evitarse el trabajo de tener que golpearle, aun sabiendo que va a salir victorioso; y puede hacerlo también como medio de defensa contra un enemigo que sabe superior y que le derrotaría fácilmente en caso de pelea. En esta coyuntura, lo que busca ese ser inferior es salvarse, como sea, es decir, intimidando, asustando, amedrentando al adversario y haciéndole creer que es infinitamente superior a él. Más o menos, esto se hace también en el póquer cuando se tiene una jugada baja y se sube la puesta.

—Aquí no estamos jugando al póquer, aunque bien es cierto que puede que nos juguemos el pellejo —farfulló McCoffin—. Todos sus razonamientos son perfectamente aceptables, Hank, pero no nos resuelven el problema de entrar en contacto con los selenitas. ¡Diablos!, siento unos deseos locos de parlamentar con ellos y saber de una vez qué rayos pretenden.

—Eso ya nos lo han dicho, coronel —habló Tania—. Quieren que abandonemos el satélite.

—¡No, jamás! ¡Nunca! —gritaron a la vez McCoffin y Petrov.

—Si emplean la fuerza —dijo Byshon sentenciosamente—, no

nos quedará otro remedio que obedecer sus intimaciones.

—Tendrán que pasar por encima de mi cadáver —gritó McCoffin dramáticamente.

—La expedición rusa no abandonará jamás un puesto que considera de honor —declamó Petrov, enfático—. Resistiremos hasta el último hombre.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —preguntó Hank, agresivo—. Disponen de cinco pistolas y, quizá, un centenar o dos de cartuchos. Imagínense ustedes que ellos les atacan con rayos de luz dirigida o proyectiles de alta tensión. Ésas son armas que se están ensayando ahora en la Tierra y con las cuales, u otras parecidas, no tendríamos la menor posibilidad de defensa. A juzgar por su manera de comportarse, es de suponer que posean un grado de civilización adelantadísimo, lo cual significa armas de efectos devastadores. No tendríamos otro remedio que regresar o sucumbir.

—Lo segundo —insistió McCoffin.

—Me enterrarán en la Luna —dijo Petrov, hosco—. Sólo volveré a la Tierra en el día y hora fijados en los planes de vuelo, pero no antes, lo mande quien lo mande, a menos, naturalmente, que sea mi propio gobierno.

—Digo lo mismo que usted, comandante Petrov —habló McCoffin.

El capitán Borin intervino de pronto, dirigiéndose a Petrov.

—Comandante, un mensaje directo de la Jefatura de Operaciones Astronáuticas. Acabo de captarlo en clave mientras ustedes discutían y me he permitido descifrarlo. ¿Quiere que se lo lea?

Petrov vaciló un instante, dándose cuenta de que tenía como huéspedes a tres americanos. La natural suspicacia desarrollada a lo largo de años y años de vivir bajo un régimen dictatorial se hizo en aquellos momentos.

Fue la propia Tania la que resolvió la situación, que amenazaba con atirantarse demasiado.

—Comandante —dijo en tono seco—, antes que nada, somos terrestres que deben defenderse de un enemigo común. Lea el mensaje.

Petrov tomó el papel que le tendía Borin. Carraspeó ligeramente y luego dijo:

—«El Primer Ministro de la Unión… Al comandante de la expedición soviética en la Luna. Resistid hasta la muerte. Los astronautas y el pueblo ruso os contemplan con orgullo. Firmado…».

Petrov dejó caer el papel al suelo, completamente desalentado.

—Y ¿eso es todo lo que saben decir? —Gruñó McCoffin.

En aquel momento, centelleó una lámpara en el cuadro de mandos de la radio. Borin atendió el instrumento unos segundos y luego dijo:

—Coronel McCoffin, uno de sus hombres quiere hablarle.

—Perfectamente —contestó McCoffin—. Conecte el altavoz. Que oigamos todos lo que tiene que decirnos James. Dígale que hable sin rebozos, cualquiera que sea el mensaje que tenga que transmitirnos.

La voz del ingeniero resonó segundos después.

—Coronel, acabo de recibir un mensaje del Pentágono. Dice lo siguiente… —James leyó los preámbulos oficiales y continuó—: «Resistid con uñas y dientes. *Stop*. Estamos alistando nave cargada armas y explosivos todo género guiada control remoto. *Stop*. Péguenles duro en la boca del estómago. *Stop*. Buena suerte». Fin del mensaje.

Los ojos del coronel brillaron de alegría.

—¡Ése es un mensaje práctico! —exclamó alborozado.

La voz de James sonó de nuevo.

—Coronel, ¿qué respuesta doy?

McCoffin se puso en pie.

—Déjeme el micrófono, Borin. —Tomó el aparato y se puso en comunicación con su ingeniero—. James, dígales que aquí estamos de primera y que vamos a morderles a los selenitas en la nuez a poco que se descuiden. Transmita el mensaje urgentemente.

—Sí, señor. Lo liaremos en seguida y… ¡Oh, cielos! ¿Qué es esto?

La voz de James sonaba en tonos de verdadera alarma. Dentro de la cabaña la tensión creció súbitamente hasta alcanzar límites insospechados.

James lanzó un grito agudísimo.

—¡Coronel! ¡Los selenitas! ¡Nos tienen rodeados! ¡Hay más de cincuen…!

La voz del ingeniero se extinguió de golpe, y entonces un denso y enervante silencio cayó sobre el campamento ruso.

CAPÍTULO IX


l vehículo se detuvo a poca distancia del campamento americano. Cinco personas, que habían viajado sobre el artefacto, comprimidas como sardinas en lata, saltaron al suelo. Eran McCoffin, Hank, Byshon, Tania y el comandante Danielski.

Los cinco caminaron con lentitud, en torno al lugar donde James había establecido su poste de comunicaciones. El ingeniero y Kearsarge habían desaparecido.

El campamento estaba en perfecto orden. Sobre el polvo lunar no había otras huellas que las de James y Kearsarge, fácilmente identificables por las iniciales grabadas en sus suelas. Pero de los dos hombres, así como de los selenitas, no había el menor rastro ni tampoco ningún indicio que permitiera adivinar cuál era la suerte que habían corrido.

El primero en reaccionar fue el profesor Byshon.

—Voy a ver si me pongo en contacto con Cañaveral y les cuento

lo que ocurre. Hemos de darles prisa para que envíen esa nave cuanto antes.

Byshon se alejó. McCoffin estaba completamente desmoralizado y no hablaba apenas. En cuanto a Danielski, con una pistola en la mano, se dedicó a examinar el terreno en las inmediaciones del campamento, para ver si hallaba algún indicio que le permitiese conocer la suerte que habían corrido los dos astronautas americanos.

Las naves continuaban en su sitio, intactas, pulidas, despidiendo cegadores destellos al reflejar la luz del sol. Entonces, al verlas, Hank recordó un detalle.

—Coronel, ¿hicieron el trasvase de combustible que recomendé?

—Sí. Todo fue trasladado a la número tres.

—Esas naves no tienen cuadro de mandos directo; se guían por control remoto. Tampoco hay sillones amortiguadores de la gravedad ni ventanas para poder mirar a su través. Pero, en cambio, disponen de una escotilla que sirve para la carga y descarga, así como del espacio suficiente. Coronel, ¿se atrevería usted a guiar la nave mientras yo exploro el terreno desde los cinco mil metros de cota máxima que puede alcanzar?

—Sí, claro —dijo McCoffin, empezando a animarse.

—Muy bien. Vaya preparándolo todo. Yo voy a subir a la nave. Cuando esté listo, le haré una señal desde arriba para que ponga los cohetes impulsores en funcionamiento.

—De acuerdo.

—Hank —exclamó Tania de pronto—, si no le importa, me gustaría acompañarle.

Hank dirigió a la joven una mirada de simpatía.

—Estupendo. Venga conmigo, Tania.

Los dos jóvenes echaron a correr hacia la nave señalada, situada a un kilómetro de distancia. El aparato estaba en posición vertical, apoyado en sus patas sustentadoras, y su escotilla se hallaba a unos cincuenta metros del suelo. Había una escalerilla de peldaños salientes, por medio de la cual empezaron a trepar hasta la escotilla de acceso.

La bodega de carga era amplia y espaciosa, pero, salvo los instrumentos de gobierno del aparato, no había en ella nada, aparte de unos ganchos insertados en los mamparos, que servían para

amarrar la carga y evitar movimientos perjudiciales durante el viaje.

—Al menos —comentó Hank sonriendo—, tenemos unos asideros.

Después de la descarga, había quedado en el suelo unos trozos de cable que ya no servían para nada. Hank los utilizó para situarlos de lado a lado de la compuerta de acceso, a modo de barandilla protectora. Luego llamó por la radio a su jefe.

—Coronel, estamos listos.

—Bien. Agárrense fuerte.

Hank y Tania se asieron a sendos ganchos con ambas manos. Permanecieron inmóviles durante unos momentos; luego algo rugió en las entrañas del cohete.

El suelo les empujó hacia arriba irresistiblemente. Sintieron el tirón de la gravedad, aunque, por fortuna, el tormento no fue excesivo, debido a la menor atracción del satélite. Al cabo de unos momentos, cuando estaban ya a una altura de unos dos mil quinientos metros, pudieron moverse con cierta libertad.

Asiéndose a sucesivos ganchos, Hank se aproximó a la escotilla, mientras continuaba el ascenso del cohete propulsado por sus chorros eyectores. En la Tierra habrían calificado su acción como de locura; sin embargo, en las circunstancias en que se hallaban y, además, con las vidas de dos de sus compañeros en grave peligro, era preciso correr cualquier riesgo si se quería salvarles.

A medida que ascendían, se ampliaba la extensión del panorama. La escotilla estaba orientada en dirección noroeste, merced a lo cual pudieron ver con toda claridad las cumbres de las cordilleras de los Alpes y de los Apeninos lunares. Al otro lado de la escotilla, Tania escrutaba el terreno continuamente con sus prismáticos.

El cohete ganó su cota máxima.

—Ya no puedo hacerles subir más —informó McCoffin a través de la radio—. Los instrumentos me indican que sólo puedo mantenerles ahí un par de minutos como máximo. Si les tengo más tiempo, corren el peligro de gastar demasiado combustible y estrellarse contra el suelo por falta de sustentación.

—De acuerdo, coronel. Usted tiene el mando de la operación.

—¿Han visto algo?

—Hasta ahora no, señor.

Los segundos transcurrieron velozmente. Hank se daba cuenta de que su esfuerzo iba a resultar inútil. Claro que, en último caso, podían echar mano del remanente de combustible de la nave principal, pero en tal caso deberían emprender el regreso a la Tierra con el carburante justo, cosa siempre peligrosa y muy comprometida. Torció el gesto, diciéndose que, pese a todo, debían hacer cualquier esfuerzo por salvar a James y a Kearsarge.

La voz de McCoffin resonó de pronto en el interior de los cascos.

—Inicio el descenso. No puedo sostenerles más.

—Muy bien, señor.

Tania lanzó un grito repentino.

—¡Allí, Hank! —exclamó, alargando el brazo en dirección a los Alpes—. He visto un objeto brillar dos o tres veces.

—¿Está segura? —preguntó él, lleno de esperanza.

—Sí, absolutamente. No hay duda alguna.

—¿Ha podido identificarlo?

—No. Sin embargo, me ha parecido que procedía de un objeto de gran tamaño.

—¿Ubicó bien el lugar donde vio el resplandor?

—Sí. Calculo que debe hallarse a una distancia de ciento cincuenta a ciento setenta kilómetros hacia el noroeste, muy cerca de los Alpes.

—Si ha captado el reflejo desde aquí, evidentemente, el objeto es de gran tamaño.

La nave se estremecía mientras bajaba. Hank y Tania se miraron a los ojos. Ambos a la vez, acababan de concebir una misma idea.

—La cúpula que vimos en sueños —dijeron a un tiempo.

—Sí, tiene que ser eso, a la fuerza —añadió Hank.

—Ciento setenta kilómetros… En el oruga nos costará cuatro o cinco horas de viaje, sin apresurarnos demasiado.

Hank consultó su reloj.

—Tendremos que dejarlo para mañana.

—¿Para mañana? —exclamó ella, indignada—. ¡Se trata de las vidas de dos de sus compatriotas, Hank! No podemos perder un segundo en tratar de averiguar qué ha sido de ellos.

—Lo sé. Yo lo decía únicamente por descansar…

—Podemos hacerlo un rato en su campamento, mientras

comemos algo y establecemos un plan de acción. Pero, si mi opinión prevalece, antes de una hora debemos ponernos en marcha. No podemos despilfarrar el tiempo inútilmente, Hank.

El joven la miró sonriendo.

—Es usted una mujer de acción, Tania —dijo—. Me pregunto qué tipo será el que se la eche al bote.

—¿Echarme al bote? —exclamó ella, intrigada.

—¡Déjense de hacerse el amor! —bramó McCoffin de repente—. Todos nosotros estamos oyendo lo que hablan. Ya tendrán ocasión de arrullarse; ahora bajen cuanto antes.

Hank miró hacia el suelo, que se hallaba a unos quinientos metros todavía.

—No disponemos de paracaídas, señor —se chanceó.

McCoffin lanzó un bufido.

—Merecerían que cortase la combustión. Así bajarían más pronto.

La nave tocó al fin el suelo lunar. McCoffin, Danielski y Byshon les rodearon en el acto, asaeteándoles a preguntas.

—Calma —contestó Hank—. Vayamos al refugio; allí podremos discutir con más tranquilidad, mientras tomamos un bocado.

Momentos después, se hallaban en la cabaña. Despojados de los cascos, tomaron algo de alimento y unas tazas de café, mientras discutían lo que debía hacerse. Al final, prevaleció la opinión de que debían encaminarse sin pérdida de tiempo al punto en donde Tania había captado el destello luminoso.

—¿Los cinco? —preguntó Hank.

—Yo me quedaré aquí, atendiendo a las comunicaciones —manifestó Byshon—. Siento perderme el primer contacto con los selenitas, pero alguien ha de permanecer en comunicación con Cañaveral.

—¿Qué es lo que han dicho allá abajo? —preguntó Hank.

—Se muestran consternados, por supuesto. Los periódicos están haciendo su agosto. Creo que presentan unos titulares de miedo…

—Y de la nave con armas ¿qué hay?

Byshon meneó la cabeza.

—Muchacho, no es tan fácil como parece preparar una nave y lanzarla al espacio. En el primer momento, pensé que el mensaje recibido por el comandante Petrov era una forma como otra

cualquiera de animarles a morir aquí. Ahora me doy cuenta de que no podían decirles otra cosa.

El rostro de Hank se ensombreció.

—Las armas y explosivos pueden aprontarse en unas horas —siguió Byshon—. Pero ¿y una nave capaz de recorrer casi cuatrocientos mil kilómetros a través del espacio y alunizar en las inmediaciones de nuestro campamento? Aparte de que, lo primero de todo es preciso alistar la nave, cosa para la cual no estábamos preparados. Hay que tener en cuenta que el satélite ha recorrido ya la cuarta parte de su órbita en torno a la Tierra. Nosotros fuimos lanzados al espacio cuando aún faltaban cuatro días para que la Luna estuviese en perigeo, de modo que, mientras volábamos hacia aquí, las distancias se acortaban mutuamente entre la nave y el satélite. Ahora sucederá todo lo contrario, a menos que disparen la nave cuando se cumpla un mes lunar de nuestra llegada. ¿Qué habrá sucedido para entonces? Es cierto que tenemos víveres, aire, agua y reservas para el doble de tiempo, pero… ¿viviremos para entonces? Aun cuando disparasen la nave ahora mismo, tardaría cinco días al menos en llegar. Y cinco días, en estas circunstancias, es mucho tiempo, no lo olvidemos.

Un pesado silencio cayó sobre ellos. Durante unos momentos, todos trataron de analizar las palabras del profesor.

McCoffin fue el primero en reaccionar. Se puso en pie y pateó el suelo con violencia.

—Profesor, maldito si pienso dejarme avasallar por unos monos con ictericia. Vamos a partir ahora y usted informará inmediatamente a Cañaveral que vamos a rescatar a James y a Kearsarge o nos dejaremos el pellejo en la empresa. ¡Salgamos, pronto!

Cinco minutos más tarde se hallaban ya a bordo del oruga. Tania lo guiaba, llevando a su lado a McCoffin. Danielski y Hank viajaban de pie en la parte superior.

—Buena suerte —les deseó Byshon.

—Falta nos hará —dijo McCoffin, pesimista.

El vehículo arrancó. Hank notó un extraño presentimiento, una sensación que no tenía nada de agradable. Sin saber por qué, se sintió terriblemente pesimista.

CAPÍTULO X



urante largo rato, rodaron en la dirección indicada, en medio de un lúgubre silencio. Era cierto que tanto Tania como Danielski disponían de sendas pistolas, pero, aparte de que Hank y McCoffin estaban desarmados, no tenían siquiera la seguridad de que aquellas armas fueran a resultarles útiles. No obstante, tanto unos como otros se hallaban completamente decididos a hacer todo lo posible para rescatar a los prisioneros.

Antes de continuar adelante, pasaron por el campamento ruso, en donde Tania y Danielski renovaron sus provisiones de aire. El comandante Petrov aprobó incondicionalmente las medidas tomadas y aún les facilitó otra pistola más, de la cual se apoderó McCoffin sin el menor escrúpulo.

McCoffin estaba de malhumor.

—¡Vamos! —Gruñó, apenas hubieron concluido las operaciones imprescindibles—. No podemos perder más tiempo.

Reanudaron la marcha. Había ocasiones en que el vehículo alcanzaba los sesenta kilómetros a la hora, en tanto que, en otras, apenas si podía caminar al paso de una persona. Pero iban ganando terreno, pese a las alternativas de la velocidad y, cuatro horas después de la partida, Hank juzgó que ya no podían hallarse muy lejos del punto en que Tania había visto el brillo del objeto.

El paisaje era impresionante. Hacia el oeste, es decir, hacia su izquierda, las cimas de la cordillera de los Alpes semejaban puntas de flecha talladas en diamante, espejeando al recibir la luz de un Sol no interferido por atmósfera alguna. Algunas de ellas, como el Montblanch, se elevaban a 3600 metros de altura sobre el nivel del Mar de las Lluvias. En el centro de la imponente cadena, se divisaba el Valle de los Alpes, gigantesco barranco de más de setenta kilómetros de largo, por diez o doce de anchura media y tres mil metros de profundidad, semejante al golpe propinado por el hacha de un colosal gigante. Hacia el sur se divisaba el curvo anfiteatro de los Apeninos, emergiendo del horizonte como los dientes de una sierra de piedra, y más cerca y hacia el sudeste, es decir, hacia su derecha, se divisaban los primeros detalles de las murallas de los tres cráteres más importantes de aquella zona: Eratóstenes, Autólico y Aristilo, enormes circos cuyo origen aún permanece en el misterio.

Sin saber por qué, Tania refrenó la marcha del oruga, reduciéndola a una docena de kilómetros a la hora. Por unos momentos, la magnificencia del paisaje les ganó a todos, haciéndoles olvidar lo primordial de su misión. Contemplaban el panorama en silencio, llenándose los ojos con una serie de imágenes de indescriptible belleza, como si quisieran grabarlas en su mente de modo indeleble, pensando acaso de un modo inconsciente que ya no podrían volver a contemplarlas de nuevo.

Bruscamente, el vehículo se detuvo.

De haber llevado más velocidad, las consecuencias hubieran podido resultar desagradables para sus ocupantes. Por fortuna, no ocurrió nada, excepto que se sintieron lanzados hacia adelante, sin llegar a caer siquiera al suelo.

Tania frunció el ceño. Examinó el cuadro de instrumentos, hallando que todo se encontraba en perfecto estado de funcionamiento.

Volvió a poner en marcha el motor. El oruga rodó dos metros y se detuvo de nuevo.

—¿Qué diablos le pasa a este maldito cacharro? —Gruñó el coronel McCoffin.

—No lo sé —contestó la muchacha—. Todo parece en orden…

—A ver, déjeme —pidió Danielski.

Mientras el ruso examinaba el cuadro de mandos del vehículo, Hank saltó al suelo y dio la vuelta por delante del mismo. Se arrodilló en el suelo y miró por debajo, sin encontrar ningún obstáculo con la suficiente importancia para detener el oruga de un modo tan radical. El hecho empezó a preocuparle.

—¿No será que se han agotado las baterías? —sugirió.

—Imposible —contestó Tania—. El amperímetro señala potencia suficiente para recorrer aún cuatrocientos kilómetros. Además, aunque sucediese una cosa semejante, en la caja de herramientas llevamos un juego de espejos reflectores, a fin de captar los rayos solares y transformarlos en electricidad. El motor no es, por supuesto.

Hank dio una vuelta completa en torno al vehículo.

—Las transmisiones parecen estar bien. ¿Encuentra usted algo de particular, comandante Danielski?

—No, nada —contestó el ruso, sumamente desconcertado—. Doctora, déjeme ocupar su puesto.

Tania saltó al suelo, situándose junto a Hank. Los dos estaban delante del vehículo, ligeramente a un lado, a fin de permitirle arrancar cuando hubiesen encontrado el motivo de la avería.

De pronto, Danielski puso el motor en funcionamiento y dio marcha atrás. El oruga retrocedió con toda normalidad.

—Aquí, todo marcha bien —dijo, atónito.

Hank movió las manos.

—Déle de nuevo hacia adelante, comandante Danielski.

El oruga arrancó en la dirección indicada. Recorrió cuatro o cinco metros y de nuevo se detuvo, como si hubiera chocado contra una pared invisible.

—¿Qué diablos ocurre? —masculló McCoffin—. ¿Es que alguien ha puesto una valla de cristal recién lavado y no la vemos?

Hank se sentía también muy intrigado. El oruga parecía funcionar con entera normalidad. Sin embargo, había un punto del

cual no podía pasar. ¿Por qué?

—Retroceda un par de metros, comandante —pidió.

Danielski accedió a la petición. Entonces, Hank se puso de rodillas y empezó a tantear el suelo con las manos. Había mucho polvo pero, debajo del mismo, el suelo poseía una sólida firmeza, además de una lisura completa, que no permitía forjarse la menor hipótesis acerca del misterioso obstáculo que impedía la marcha del oruga a partir de aquel punto.

Se puso en pie, sacudiéndose maquinalmente las manos.

—Yo no encuentro nada, la verdad —dijo—. Pero, si no podemos seguir por este punto, tendremos que buscar un paso por otro. De esto no me cabe la menor duda.

Hubo unos murmullos de asentimiento. Tania se deslizó a su izquierda, acercándose al joven, como para examinar el suelo bajo el oruga. Retrocedió un par de pasos y de pronto, al tropezar en algo, cayó de espaldas.

Instintivamente, Tania lanzó un pequeño grito, a la vez que agitaba los brazos tratando de buscar un asidero. Su caída quedó bruscamente interrumpida cuando su cuerpo alcanzó un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Tania quedó inclinada, sin llegar al suelo.

—¡Hank! —gritó con acento de pánico y con el rostro horrorizado.

El joven se precipitó a socorrerla. Agarró su mano y tiró de ella.

—¿Qué le ocurre, Tania?

Tania estaba terriblemente pálida y, a pesar del traje de vacío, temblaba visiblemente.

McCoffin y Danielski saltaron al suelo. Ambos habían visto lo ocurrido y se sentían profundamente intrigados por el suceso.

—Doctora —preguntó su compatriota—, ¿qué es lo que le ha impedido terminar de caer?

Tania giró en redondo y miró hacia adelante.

—No lo entiendo —dijo con voz emocionada—. Algo detuvo mi caída. Una cosa sólida, impenetrable, pero blanda y flexible al mismo tiempo.

Hubo una pausa de silencio. Súbitamente, Hank se lanzó hacia adelante con los brazos extendidos ante sí, con el fin de amortiguar los efectos de la caída.

Ésta se detuvo en la mitad de la trayectoria. Hank percibió claramente el choque contra un objeto que Tania había definido con certeras palabras: sólido e intraspasable y, al mismo tiempo, blando y flexible, aunque no demasiado.

Haciendo un esfuerzo se puso en pie, contemplado por sus compañeros con fascinada atención. En medio de un silencio absoluto, se agachó y recogió una piedra del suelo, que lanzó hacia adelante y arriba.

La piedra chocó contra un obstáculo invisible, a una altura de cuatro o cinco metros. Luego, empezó a rodar en sentido opuesto al que había sido lanzada.

El suceso fue contemplado por los cuatro terrestres con los ojos dilatados por el asombro. Lentamente, McCoffin avanzó unos pasos y alargó la mano derecha, tanteando el espacio que tenía delante.

—Aquí hay algo que nos impide el paso y que no podemos ver —dijo, con tremendo desconcierto.

—¿Qué es lo que puede ser? —preguntó Danielski, imitando a McCoffin.

Hank lanzó un par de piedras más, obteniendo idénticos resultados. Estiró la pierna derecha y su pie tocó con un objeto que no le permitía alargarla del todo. Aturdido, se volvió hacia Tania.

—No lo entiendo, francamente.

Tania reflexionó durante unos momentos. De pronto hizo un gesto.

—Hank, ¿recuerda la visión que tuvimos cuando captamos las amenazadas que nos dirigieron esos extraños seres?

—Por supuesto. Eso es algo que no olvidaré jamás.

—Entonces, recordará la cúpula.

—¡Claro! —dijo él, atónito—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? ¡Coronel! —exclamó, excitado—. ¡Los marcianos… perdón, los selenitas, están ahí, al otro lado!

—¡Qué! —Respingó McCoffin—. Eso es imposible, absurdo. No se divisa nada, es decir, sólo el panorama lunar…

—Un momento, coronel —intervino Danielski—. Quizá el comandante Cheaney tenga razón. Hemos de tener en cuenta que desconocemos por completo las características de esa raza de seres que secuestraron a sus dos hombres…

—¡Si les han hecho el menor daño, los fusilaré a todos! —gritó

McCoffin, blandiendo el puño con gesto lleno de furor.

—No se trata ahora de fusilar a los selenitas, sino de rescatar a los prisioneros —arguyó Danielski sensatamente—. Podemos concebir muchas hipótesis acerca del obstáculo que nos impide continuar, pero una cosa hay cierta, indiscutible: están al otro lado de la pared invisible.

—Y ¿cómo es que no los vemos a ellos? —preguntó McCoffin.

—Se me ocurre una idea —dijo Hank de pronto.

Tres pares de ojos le miraron con renovada atención.

—¿Recuerdan la fotografía que tomó la doctora Virushova en el momento de la partida del artefacto que ella y yo encontramos?

—Sí, claro —gruñó el coronel—. ¿Adónde quiere ir a parar con eso, muchacho?

El rostro de Hank expresaba una profunda concentración.

—Quizá —dijo— es que esos seres, los selenitas, suponiendo que realmente sean nacidos en el satélite, han encontrado el medio de trasladarse a otra dimensión enteramente distinta de las tres habituales en que nosotros estamos habituados a movernos.

McCoffin parpadeó.

—Eso no puede ser. Es… sería absurdo, imposible…

Hank extendió su brazo derecho.

—Pruebe a seguir usted adelante, coronel.

—Pero eso no significa necesariamente que los selenitas se muevan y existan en una dimensión distinta a la nuestra. Y, ¿cómo diablos podrían hacerlo, quiere usted explicármelo?

—No, señor, por la sencilla razón de que carezco de elementos de juicio suficientes para dar la menor explicación. En cuanto a que los selenitas se mueven y actúan en un plano dimensional completamente distinto al nuestro, no me cabe la menor duda.

—Yo opino lo mismo —dijo Tania.

Danielski hizo un gesto ambiguo. Las palabras del joven parecían sensatas pero, al mismo tiempo, resultaba dificilísimo creer en lo que había tratado de expresar.

De pronto, Tania lanzó un agudo grito.

—¡Miren! ¡Los selenitas se hacen visibles!

CAPÍTULO XI



arecíales como si estuviesen del lado de una pared de líquido completamente transparente, que se agitase con suaves vibraciones, muy parecidas a las ondulaciones de una atmósfera situada sobre un suelo excesivamente caldeado. Los objetos se divisaban borrosos, agitados por unas leves sacudidas que les daban la sensación de verlos sobre un espacio en movimiento.

Las ondulaciones cesaron de pronto y los objetos se hicieron totalmente visibles, definidos, surgiendo de la nada. Hank, Tania y sus dos acompañantes se quedaron con la boca abierta de par en par al contemplar el fascinante espectáculo que se desplegaba ante sus ojos.

Había allí numerosos aparatos, cuyos fines desconocían por completo, de las más extrañas formas; vehículos voladores como el que habían visto Tania y Hank, algunos de los cuales eran de dimensiones realmente descomunales y, sobre todo, una infinidad

de hombrecillos de piel amarilla que se movían agitadamente de un lado para otro.

Algunos de aquellos seres, que bajo la protección de la invisible cúpula actuaban sin escafandra, pasaron cerca de ellos, dirigiéndoles unas miradas en las cuales se mezclaba el miedo y el rencor al mismo tiempo. Su estatura era muy pequeña, como la de un niño de diez años, pero, aunque sus facciones diferían en conformación de las humanas, sobre todo en las orejas y la nariz, ésta curiosamente achatada, las proporciones de su cuerpo correspondían perfectamente a las de un ser humano. No obstante, los pies poseían la extraña forma que tanto Hank como Tania habían tenido ocasión de observar.

De pronto, el comandante Danielski lanzó un grito de sorpresa.

—¡Coronel! ¡Ahí vienen sus hombres!

—¡Kearsarge! ¡James! —gritó McCoffin.

Los dos terrestres parecían muy alicaídos. Habían sido enteramente despojados de sus trajes espaciales y vestían solamente la ropa interior, el clásico monopieza que todos usaban debajo del equipo de vacío. Caminando con perceptible torpeza, se aproximaron hacia el lugar donde estaban los cuatro y se detuvieron a unos metros de ellos.

Uno de los seres de rostro amarillo se acercó a la pareja y les entregó un pequeño objeto de forma oblonga, alargada, con una antena terminada en una rejilla rectangular de quince centímetros de lado por ocho de anchura. El selenita les indicó algunos puntos de la caja con una mano de dedos extrañamente alargados y luego se retiró prudentemente a una docena o más de pasos.

La voz de James sonó de pronto en los cascos de los cuatro que se hallaban fuera de la cúpula.

—Coronel.

—Hola, muchachos —contestó McCoffin. Procuró dar a su voz un tono animador—. ¿Qué tal se encuentran? ¿Les han tratado bien esos monos?

—Sí, señor. Del trato no podemos quejarnos. —La voz del ingeniero sonaba desalentada—. Se han portado bien con nosotros…

—¡Un momento! —exclamó McCoffin, imperativo—. Cuenten cómo fueron hechos prisioneros.

—Pues, verá —dijo Kearsarge, cuya expresión no difería mucho de la de su compañero—, estábamos allá cuando, de repente, vimos materializarse un montón de naves de estos sujetos. Rodearon por completo el poste de radio y sus tripulantes saltaron al suelo, encerrándonos en un círculo intraspasable. Eran más de cincuenta, se lo aseguro, señor.

—Y ¿qué más? Siga, rápido.

—Tony y yo pensamos en defendernos, pero ¿qué diablos podíamos hacer dos contra cincuenta, aunque sean mucho más pequeños que nosotros? Así que, en cuanto vimos que no podíamos hacer nada, levantamos las manos…

—¿Iban armados? —preguntó McCoffin.

—No. Es decir, al menos, nosotros no les vimos armas de ningún género.

—Pero parecían bastante asustados, eso sí —observó, James.

—Nos temen, es indudable —comentó Hank.

—¡De modo que, a pesar de eso, ustedes se dejaron pescar! —bufó el coronel.

—Bueno, es posible que tuvieran miedo —admitió Kearsarge—, pero cada vez estrechaban más el círculo. La verdad, empezamos a pensar en lo que podía ocurrirnos si, durante la pelea, se nos desgarraban los trajes de vacío. Usted no puede darse una idea de lo que abultan cincuenta de esos hombrecillos, coronel. Nos hubieran aplastado solamente por el número, puede estar seguro de ello.

A su pesar, McCoffin hubo de convenir en que la razón asistía a los prisioneros. Entregarse, dadas las circunstancias, era la cosa más sensata que podían haber hecho.

—¿Y después?

—Nos metieron en uno de sus aparatos y nos trajeron aquí —dijo James.

—Sigan. ¿Qué más?

—Nos han tratado muy bien, ésta es la verdad. Lo único que nos exigieron fue que nos despojáramos de las escafandras. Tuvimos que obedecerles, señor. Uno de ellos sacó un hierro largo, afilado, y amenazó con rasgar nuestros trajes. ¿Qué podíamos hacer? —concluyó James en tono plañidero.

—De modo que, salvo amenazarles, no les han maltratado físicamente.

—No, señor.

—¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Les han dicho algo en ese sentido? —preguntó Hank.

—No. Respecto a eso, han permanecido completamente mudos. No han querido decir absolutamente nada.

Hank volvió la vista hacia el coronel.

—Es evidente que piensan mantenerlos prisioneros, pero ¿hasta cuándo?

McCoffin no contestó directamente.

—¿Hay aire ahí dentro?

—Claro. Estamos bajo una cúpula. Ellos necesitan también aire para respirar —contestó Kearsarge.

—Un momento —exclamó Hank—. Me parece que, con tantas preguntas, estamos olvidando lo principal. Tengo la seguridad de que esos seres les han entregado un mensaje para nosotros. ¿Qué les han dicho?

Kearsarge hizo una profunda inspiración.

—Ambas expediciones deben prepararlo todo para zarpar dentro de veinticuatro horas terrestres, exactamente. En caso de que no lo hagan así, nos matarán.

Sobrevino un denso silencio, durante el cual, los cuatro que se hallaban fuera de la cúpula procuraron analizar las palabras pronunciadas por Kearsarge.

—De modo que piensan matarles —gruñó McCoffin—. ¿Cómo? ¿De qué manera?

James se encogió de hombros.

—Ellos pueden retirar la cúpula, después de haberse encerrado en sus naves. Imagínese lo que sería de nosotros, sin escafandras.

Hank levantó la mano derecha.

—Procedamos con método —dijo—. Tenemos que estar listos para despegar en veinticuatro horas. Pero ¿os soltarán a vosotros si lo hacemos así?

—Eso es lo que nos han dicho.

—Imaginemos que prometemos cumplir la orden y luego nos negamos. Según parece, ellos piensan dejaros libres el tiempo justo para embarcar. ¿Qué pasaría si, después de haberos soltado, nos negáramos a cumplir la orden?

—Dicen que poseen armas poderosísimas, contra las cuales los

terrestres no podríamos hacer nada en absoluto. El sujeto que nos habló añadió que incluso podrían reducir las naves a polvillo meteórico. Lo único que quieren es que marchemos de aquí, eso es todo.

—Quieren que nos marchemos… pero no han usado esas supuestas armas —gruñó McCoffin—. ¿Por qué no lo hicieron antes? ¿Es que son pacifistas? Pero, no; un pacifista no tendría un arma en su poder. Por lo tanto, me inclinó a creer que no disponen de esas hipotéticas armas.

—Aquí hay más de trescientos chinitos, coronel —dijo James lúgubremente—. Tengan o no las armas, si nos cogen entre todos y nos dejan en el vacío sin escafandra…

—¡Un momento! —cortó el joven de pronto—. ¿Sabes si ellos captan nuestras emisiones de radio?

—Parece que sí; al menos, eso fue lo que dejó traslucir el sujeto que nos habló.

—¿Qué os habló? ¿Acaso conoce nuestro idioma? —preguntó Hank, lleno de extrañeza.

—Pues, verás —intervino Kearsarge—, el tipo ese nos hizo sentar en unos taburetes… Bueno, no sabemos lo que nos hizo, pero a mí me parece que nos hipnotizó. Le veíamos un poco confusamente, aunque estaba a dos pasos de nosotros. Luego nos dijo lo que os teníamos que comunicar.

—Hablaba con la mente —intervino James—. Cuando menos, yo no le vi mover los labios. Aunque se le divisaba borrosamente, de haber hablado como una persona normal, tendríamos que haber visto el movimiento de sus labios.

Hank miró a la muchacha.

—Hicieron con ellos lo mismo que con nosotros, sólo que de una forma más directa.

—Eso significa que ellos conocen el poder de la telepatía y el modo de utilizarla —repuso Tania.

—La telepatía —repitió Hank, profundamente pensativo—. Si nosotros fuéramos capaces de hacer lo mismo…

—Sólo con la ayuda de uno de esos selenitas, a modo de «relé» o puente relevador —suspiró la joven—. Pero no directamente entre usted y yo.

McCoffin hablaba ahora con los prisioneros, acribillándoles a

preguntas, que tanto James como Kearsarge no estaban en disposición de contestar. A cada segundo que transcurría, la cólera del coronel iba en aumento.

—Cálmese, señor —dijo Hank—. Irritarse no nos servirá de nada. Lo que debemos hacer es pensar en el modo de sacar a estos muchachos fuera de su encierro.

—Ésa es una labor que considero imposible, dados los medios de que disponemos —intervino el comandante Danielski. Su rostro se ensombreció—. Mucho me temo que hayamos de obedecer las órdenes de los selenitas y marcharnos del satélite.

En aquel momento, un hombrecillo se acercó a los prisioneros y les hizo señas de que le siguieran. La comunicación radial quedó cortada en el acto.

Hank y Tania agitaron las manos, despidiendo a la pareja cautiva. De repente, las imágenes empezaron a moverse, como sujetas a una trepidación que las hacía ondular con suave rapidez. Súbitamente, la cúpula, los aparatos, los selenitas y los prisioneros, desaparecieron de la vista de los cuatro.

—¡Se han marchado a su dimensión! —exclamó Tania.

Entonces, el coronel McCoffin se sintió atacado de una terrible cólera. Sacó la pistola que le había facilitado Petrov y empezó a disparar como un loco contra la invisible cúpula. Las balas rebotaban en la impenetrable pared y luego rodaban hasta sumergirse en el polvo del suelo.

Cuando hubo agotado la carga de cartuchos, McCoffin, profiriendo horribles imprecaciones, empezó a patear el muro invisible. Hank tuvo que agarrarlo por un brazo y apartarlo de aquel lugar.

—Así no conseguiremos nada, coronel —dijo en tono firme.

—Pero, esos muchachos… ¡están prisioneros, maldita sea mi estampa!

—Con lamentaciones no adelantamos nada, coronel. Aún nos quedan veinticuatro horas de tiempo…, y en ese lapso, quizá podamos hallar un medio que nos permita salvarlos. Regresemos; de momento, es lo único que podemos hacer.

CAPÍTULO XII


l silencio en la cabaña era absoluto. Habían transcurrido ya más de doce horas, la mitad del tiempo que les habían dado los selenitas para abandonar el satélite. Hank, Tania y los otros dos habían descansado un poco, no mucho, ya que todos se hallaban muy nerviosos a causa de la situación planteada tan inopinadamente y que, a menos de doce horas de su término, aparecía como insoluble.

El intercambio de mensajes entre la Tierra y la Luna era incesante. Los gobiernos de las dos naciones interesadas se habían consultado mutuamente, tratando de adoptar una medida común que les permitiese llegar a una conclusión favorable. Hasta el momento, los esfuerzos no habían tenido éxito, pese a que, en atención a las circunstancias, las viejas diferencias de antaño habían sido dadas de lado y se trabajaba con ahínco por resolver el asunto de la forma más conveniente. Pero el tiempo transcurría y la situación se mantenía estacionaria.

Por las noticias llegadas desde el planeta, Hank y todos los demás sabían que en la Tierra reinaba una tremenda excitación. Algunos hablaban de una posible y catastrófica invasión del planeta; otros vociferaban reclamando la construcción de una poderosa flota de guerra que bombardease el satélite con los artefactos explosivos más potentes conocidos hasta entonces. Total, argüían, unos cuantos cráteres más no tendrían importancia en la superficie del queso de Gruyere que era la Luna y de paso serviría a los intrusos para mostrarles el fabuloso poderío de los terrestres y lo que éstos eran capaces de hacer cuando se enfadaban de veras. Pero, aparte de que la pretendida invasión no parecía inminente ni mucho menos, la construcción de la flota astronáutica de combate hubiera exigido una cantidad de recursos y esfuerzos que los gobiernos americano y soviético no estaban en situación de aportar, al menos en un plazo inmediato.

—No —dijo Hank de pronto, resumiendo el sentir general—, todo lo que no hagamos nosotros mismos, no servirá para nada en absoluto. O salvamos a James y a Kearsarge por nuestra propia cuenta y con nuestro único esfuerzo, o nos veremos obligados a despegar. —Pegó un terrible puñetazo en el suelo—. Y el caso es que tienen miedo de nosotros.

—Pero son más. Se aprovechan de su superioridad numérica —dijo Tania, entregándole una taza humeante—. Beba un poco de té, Hank.

—Gracias —murmuró él, sumamente pensativo—. Si al menos diéramos con un truco para espantarlos… sin causar daño a James y a Kearsarge, por supuesto.

—Meter los pulgares en las orejas, mover las manos y sacarles la lengua —dijo McCoffin, sarcástico—. O emprenderla a pedradas con ellos.

—Coronel McCoffin —dijo Borin de pronto—. Un mensaje para usted de su gobierno. Y otro para usted, comandante Petrov.

Los dos nombrados tomaron los papeles que les tendía el oficial de comunicaciones. De común acuerdo, dadas las circunstancias, habían establecido en la base rusa el poste de comunicaciones con la Tierra. Byshon se había unido a ellos, a fin de no quedar abandonado en el puesto americano.

McCoffin leyó el mensaje y luego arrugó el papel, haciéndolo

una pelota, que Hank cogió antes de que cayera al suelo.

—¡Malditos cobardes! —renegó el coronel.

—¿Qué dice el mensaje, Hank? —preguntó Tania.

—Debemos hacer lo posible para conservar las vidas de los prisioneros.

—O sea, que tenemos que regresar a la Tierra.

—Lo mismo dice mi gobierno —manifestó Petrov con acento de desencanto.

Hank se dio cuenta de que los rusos cedían porque ellos también estaban amenazados. De haberse dirigido la intimación únicamente contra los americanos, pensó, Petrov y los suyos se habrían mantenido sobre el satélite. Pero no, la amenaza había sido dirigida contra todas las naves, sin distingos de ninguna clase.

—Me gustaría saber qué clase de armas piensan emplear —dijo Danielski—. Quizá, de este modo, podríamos emplear la contraarma correspondiente…

—Y ¿cómo construirla, si ni siquiera sabemos que es lo que piensan hacer? —barbotó McCoffin—. Además, ¿disponemos de materiales? —Soltó una agria risotada—. Como no les apedreemos…

Tania se sentó en el suelo, al lado de Hank. El rostro del joven aparecía cubierto de sombras, con aspecto de profunda concentración.

Le ofreció un cigarrillo. Hank sonrió levemente, para agradecer el gesto.

—Si, por lo menos —dijo la joven—, encontrásemos el modo de ponernos en comunicación con ellos… Podríamos discutir, tratar de convencerles de que no queremos hacerles daño, que sólo deseamos convivir pacíficamente con ellos, intercambiar conocimientos y datos científicos, establecer relaciones amistosas…

—Eso me parece una utopía, Tania —suspiró él—. Sigo sosteniendo la tesis de que nos tienen miedo. Y el miedo es lo que les hace rechazar nuestra amistad. Nos vemos constreñidos a obedecerles, por la sencilla razón de que sabemos poseen unos conocimientos científicos muy superiores a los nuestros; la forma en que juegan con el tránsito en las distintas dimensiones es una buena prueba de lo que digo. ¿Quién sabe si no podrían hacer, incluso, que nuestras naves desaparecieran, llevándoselas a ese otro plano

dimensional en el cual ellos se mueven como el pez en el agua, surgiendo al nuestro cuando les parece bien? Lo cierto es —añadió—, que nosotros también les tenemos miedo.

—O sea —sonrió Tania—, que estamos tan asustados como ellos.

—Bueno, algo por el estilo. Yo estoy asustado por James y Kearsarge. De otro modo, ya veríamos…

—Nos aplastarían, aunque sólo fuera por la fuerza del número —se lamentó Tania—. Sólo disponemos de cinco pistolas…

—Las pistolas nos servirían de bien poco —murmuró él, desalentado.

—Entrar en comunicación con ellos; eso debiera ser lo primordial para nosotros.

—Comunicarnos con los selenitas —musitó Hank—. Pero ¿cómo?

—La telepatía —apuntó Tania.

—Somos receptores, pero no emisores.

—Bueno —murmuró Tania—, eso es cierto, pero… ¿Y si les diéramos un buen susto?

Hank miró a la joven.

—¿Un… susto? No entiendo.

Ella se retorció las manos nerviosamente.

—Me resulta difícil explicarme, Hank. Una idea me bulle en la cabeza, pero no acabo de verla con claridad. Usted sostiene la tesis de que los selenitas nos tienen muchísimo miedo.

—Pondría la mano en el fuego por afirmarlo. Todo el interés que tienen en echarnos de la Luna no es más que puro pánico. Y se aprovechan de un golpe de fortuna para intimidarnos, pero nada más. En circunstancias normales, es decir, en igualdad de número, estoy seguro de que echarían a correr.

—Echarían a correr. —El acento de Tania indicaba una profunda concentración.

—Obligarles a largarse —dijo Hank.

De súbito, los dos jóvenes se miraron a la cara.

—¡Hank!

—¡Tania!

—¿Qué les pasa a ustedes? —Gruñó McCoffin—. ¿Es que no pueden dejar de arrullarse ni aun en estas circunstancias?

Pero ninguno de los dos le hacía el menor caso.

—Ellos nos están asustando con unos males imaginarios —dijo Hank.

—¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo? —exclamó Tania.

—A un susto grande, otro mayor.

—Contra una pistola, un fusil.

—Y contra una ametralladora, un cañón.

—Eso es. Un susto grande.

—De los gordos.

—Pero ¿cómo se lo damos?

—Y ¿qué les decimos para asustarles?

Hank reflexionó intensamente durante unos segundos. Su mente trabajaba a toda presión, como la caldera de una locomotora que arrastrase un tren larguísimo.

—La solución, Hank, la solución —pidió Tania, implorante.

Todos miraban al joven en medio de un profundo silencio, esperando de él la idea salvadora, no sólo de la situación, sino también de su honor, puesto en entredicho al verse obligados a retirarse. Incluso las respiraciones se habían atenuado, como si todos los que se hallaban en el interior de la cabaña estanca temieran interrumpir las meditaciones de Cheaney.

De repente, Hank chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —dijo—. Creo haber hallado la solución.

—Hable, pronto —gritó McCoffin—. Estamos sobre ascuas.

—Vamos, vamos —pidió Petrov—. Tengo los nervios a punto de estallar. ¿Qué idea se le ha ocurrido?

Hank sonrió.

—Una vez mencioné el póquer. Nuestras cartas son muy bajas. Vamos a hacerles creer a esos tipos que tenemos una escalera real. Capitán Borin, déme un lápiz y un papel.

Borin le entregó lo pedido en el acto.

—Por el amor de Dios —rogó McCoffin—, si no habla pronto, reventaré.

—Déjele en paz, Mac —intervino Byshon—. El muchacho sabe lo que se hace. Cállense todos unos momentos.

El silencio se hizo de nuevo. Hank escribió durante casi diez minutos, al cabo de los cuales entregó el papel a McCoffin.

—Que lo lea luego el comandante Petrov. Acto seguido, el capitán Borin deberá cursarlo en cifra, destinado a los dos

gobiernos. —Lanzó un profundo suspiro—. Si esto no da resultado, no sé qué otra cosa podemos hacer. Excepto —concluyó dramáticamente— largarnos con el rabo entre piernas.

McCoffin leyó las palabras escritas por el joven. Luego entregó el papel a Petrov. Éste estudió el mensaje y al cabo movió la cabeza.

—Quedan once horas. Se puede intentar. Cúrselo, Borin.

—A la orden, comandante.

Hank se puso en pie.

—La doctora y yo iremos a recoger a nuestros compañeros. Les tendremos al corriente de nuestros esfuerzos.

—Pero. —McCoffin extendió el índice amenazándoles—, no se dediquen a hacerse el amor.

Hank sonrió.

—Si todo sale bien, señor, ¿no cree que será una tarea muy agradable para la doctora y para mí?

Tania enrojeció vivamente.

—Bueno, vamos —dijo con voz confusa.

Cuando ya estaban montados en el oruga, a punto de arrancar, Tania, que conducía el aparato, preguntó:

—Con sinceridad, Hank, ¿cree usted que tenemos alguna posibilidad de triunfar?

El joven se encogió de hombros.

—Ésta es una partida de póquer entre dos jugadores. Falta ahora saber cuál de los dos puede aguantar más. El más duro, el más resistente… ¡ése ganará la partida!

* * *

Estaban a unos cien metros del borde de la cúpula invisible, debajo de la cual se hallaban los extraños, distancia que habían calculado por el sencillo procedimiento de chocar contra la misma y retroceder luego. Hank y Tania callaban, conectadas sus radios respectivas en la frecuencia del receptor que manejaba Borin.

Hank consultó su reloj. Habían pasado ya cuatro horas desde la partida. Sólo quedaban seis para que se cumpliese el plazo fijado por los seres a quienes llamaban selenitas. Hasta entonces, no se había producido la menor variación en la situación.

Los dos se sentían muy nerviosos. Sí, como había dicho Hank

certeramente, era una jugada de póquer, una arriesgada jugada, cuyo resultado, pese a sus esperanzas, aparecía imprevisible.

Una voz resonó de pronto en sus auriculares. Hank y Tania sufrieron una sacudida simultáneamente.

El locutor perdió algunos segundos en los preámbulos indispensables. Luego continuó:

—Los gobiernos de los Estados Unidos y la Unión Soviética, puestos de previo acuerdo, han decidido modificar sus anteriores órdenes de retirada a los miembros de las misiones astronáuticas en la Luna. Ambos gobiernos declaran, conjunta y solemnemente, que no cederán ante la amenaza de un agresor, venga de donde viniere y cualesquiera que sean las armas que piense emplear; y añaden, además, que, desde este momento, aprontan el esfuerzo común de su ciencia y de su industria para la construcción de una poderosa flota de astronaves de combate, dotadas de las armas más poderosas, con las cuales piensan arrasar la superficie del satélite, caso de que los expedicionarios de ambas naciones sufran el menor daño. Dichos gobiernos declaran, asimismo, que no se oponen a la exploración y aun a la utilización del satélite Luna por parte de otros seres, terrestres o no, siempre que esas exploraciones y esos usos que se hagan del satélite entrañen intenciones pacíficas y de amistosa cooperación y convivencia.

»Pero lo que ninguno de ambos gobiernos pueden tolerar —añadió el locutor con solemne énfasis—, y en ello están apoyados por todos los pueblos de la Tierra, sin discriminación alguna, es que nadie venga a amenazarnos o a impedirnos la utilización pacífica del espacio exterior. Los astronautas que se encuentran actualmente en la Luna tienen ahora órdenes estrictas de no ceder, cualesquiera que sean las presiones que se ejerzan sobre ellos. Y en caso de que sufrieran algún daño, incluso el máximo de la muerte, riesgo que los astronautas aceptan plenamente, la Tierra sabría vengar a sus héroes, destruyendo implacablemente a quienes les hicieron morir sobre la superficie del satélite.

El locutor añadió algunas frases más, todas ellas de estilo altisonante, y luego cortó la comunicación.

Tania abrió la boca para hablar, pero Hank le hizo un gesto de que callara. La muchacha entendió y movió la cabeza afirmativamente.

—Esperemos —dijo él por escrito, con papel y lápiz especiales para el vacío.

—De acuerdo —contestó ella por el mismo sistema de escritura espacial.

Pasaron cinco minutos, diez. Hank y Tania tenían los nervios a flor de piel y les resultaba terriblemente difícil contenerse. Tania se llevó la mano a la boca un par de veces, olvidada del casco, que le impedía morderse las uñas, como habría sido su deseo.

Transcurrió media hora más. Hank empezaba a pensar que su ardid había fallado. Contra una escalera real, apenas si había podido presentar una pareja de doses, cuando había deseado hacer creer lo contrario.

De pronto…

—Hank, mire —exclamó Tania, quebrantando las órdenes de guardar silencio.

Las siluetas de James y Kearsarge se hicieron visibles bruscamente, sin transición alguna, como si hubieran surgido de la nada. Los dos prisioneros parecían aturdidos, pero en buen estado dentro de sus trajes de vacío.

Hank saltó del vehículo y corrió hacia ellos con gran alegría.

—¡Muchachos!

—Estamos bien —dijo Kearsarge, todavía muy pálido.

—Hola, Hank.

—¿Y… y los selenitas? —preguntó Tania, que se había unido al grupo.

—Empacaron todo y se largaron —declaró James—. No sabemos más, excepto que nos hicieron poner los trajes de vacío. Luego subieron a sus naves y ¡paf!, desaparecieron.

Hank respiró aliviado.

—Gracias a Dios —dijo fervorosamente—. Mi truco dio resultado.

—¿Qué truco? —preguntó James.

—Luego os lo contaré. Ahora es preciso informar de que los extraños se han marchado y que vosotros estáis libres y en perfecto estado de salud. Vamos.

* * *

Cuando se hallaban a poca distancia del campamento ruso, Hank hizo que Tania detuviera el vehículo.

—Ven conmigo —dijo en tono que no admitía réplica—. Vosotros dos, seguid en línea recta hasta encontrar la base rusa.

Agarró la mano de la joven y emprendió el ascenso hacia el cerro en que días atrás hallaran los diamantes.

—Cambia la frecuencia de tu radio, Tania.

Ella obedeció, extrañada, aunque sin formular la menor objeción. Al llegar a la cima de la elevación, Hank se detuvo.

—¿Piensas dedicarte a buscar diamantes? —inquirió ella, recelosa.

Hank se echó a reír. Agachóse y revolvió el polvo del suelo. Un par de pedruscos brillantes aparecieron entre sus dedos.

—Sería una bonita profesión —dijo—, aunque si todo el suelo del satélite está en las mismas condiciones, los diamantes acabarán por perder todo su valor. No, lo que quiero saber es si podré considerarme un día el dueño de un diamante de pelo negro y ojos lindos.

Ella se sonrojó.

—Bien, en principio no tengo inconveniente…

—¿Cómo en principio? ¿Es que no estás segura? Mira, cualquiera de los dos, Petrov o McCoffin, como comandante de una nave, tiene autoridad suficiente para casarnos. Claro que luego habría que legalizar esa unión en la Tierra… Pero, de momento, podríamos convertirnos en marido y mujer.

—Y ¿dónde iríamos a pasar la luna de miel? —preguntó ella.

—En la Luna, claro está. ¿Qué lugar más apropiado? Bueno, siempre disponemos de dos astronaves para permanecer a solas unos días. ¿Qué te parece el plan?

Ella le miró y sonrió.

—Creo que tendré que aceptar —sonrió—. Sí, será la primera luna de miel celebrada… en la Luna.

Hank trató de abrazarla. Pero los trajes que vestían eran sumamente incómodos. Y, además, los cascos les impedían besarse.

—Tendrás que esperar un poco —dijo ella maliciosamente.

—Bueno, eso es lo de menos. Lo importante es que me quieras como yo te quiero, Tania.

Ella le miró sonriendo. De pronto, sus ojos se dirigieron hacia las

estrellas.

—¿Dónde estarán ahora esos seres? —dijo en tono reflexivo.

Hank miró también hacia el cielo. Mencionó alguno de los astros que brillaban como puntos luminosos de todos los colores.

—Altair, Aldebarán, Sirio, Procyon, Vega, Antares… Sólo Dios sabe de dónde vinieron y adónde se han ido.

—Tenían miedo y nosotros les hemos asustado más todavía —murmuró Tania—. Quizá no debimos hacerlo.

—Era necesario. Es posible que no dispusieran de las armas de que alardearon, pero teníamos que libertar a nuestros compañeros.

—Y, sin embargo, me habría gustado tanto entrar en relación con ellos… —suspiró Tania—. Hubiera sido tan maravilloso conocer a seres de mundos distintos al nuestro. Quizá —añadió—, no sepamos nunca qué hacían en la Luna.

—Acaso era una avanzadilla exploradora de una posible corriente emigratoria estelar —sugirió el joven.

—En tal caso, habrán derivado hacia otros puntos de la Galaxia.

—Quizá, —admitió Hank—. Pero es posible que un día pierdan el miedo y, si siguen escuchándonos, sepan que nuestro mayor anhelo es vivir en paz.

—Entonces volveremos a verlos. Nosotros quizá no, pero sí nuestros hijos, Hank.

Callaron los dos unos momentos, embargados por la majestuosidad del ambiente que los rodeaba. En lo alto del cielo, una estrella parpadeó de repente.

¿Habían oído lo que hablaban?, se preguntó Hank.

Confió en ello. Miró a Tania y se sintió reconfortado y lleno de fe y esperanza en el porvenir.





LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



LUIS GARCÍA LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Administración Nacional del Espacio y de Aeronáutica de U. S. A.

< <

[2] Yanquis, marchaos a casa. <<